



Nueva España (Madrid) año 1, num. 5 (1 abril 1930)

<https://hdl.handle.net/1874/35470>

NUEVA ESPANA

DIRECTORES: ANTONIO ESPINA, JOSE DIAZ FERNANDEZ



S U M A R I O

Editoriales: *De todas maneras, responsabilidades; Las arrogancias de Calvo Sotelo; El Patronato de Turismo; La Caja Ferroviaria; Vieja y nueva diplomacia.*—*Las peregrinas teorías de los amos del Banco de España, J. de Abendaño.*—Caricatura, por Helios Gómez.—El problema agrario: *Antes que se alcen los Bieldos, B. Artigas Arpón.*—Caricatura extranjera.—Noticias literarias: Alemania.—*Algo más sobre las casas baratas, F. García Mercadal.*—Carta de Bruselas: *Liberalismo reaccionario, José Rodríguez Migueis.*—Caricatura, por Maside.—*Almas pilongas y otros honores, Mauricio Bacarisse.*—*Rift-Rafe.*—Carta de Berlín: *El paro forzoso, F. Fernández Armesto.*—*Intelectualidad y política, Roberto Blanco Torres.*—*Un rebelde, Ogier Preteceille (conclusión).*—La reunión de Barcelona: *Intelectuales catalanes y castellanos.*—*La crisis económica de Turquía, André Alessandri.*—Carta de París: *Los libros de la guerra en Francia, Marc Bernard.*—*Los diez discursos de Cromwell, Emilio Palomo.*—Obrerismo: *El determinismo económico, Isidoro Acevedo.*—Cinema: *Clemenceau y el cinema, José de la Fuente.*—*Los libros.*—*Vida española: Galicia: Carta a mis jóvenes amigos gallegos, Jesús Bal y Gay; Canarias: Moralidades de la U. P., A. H. de M.; Levante.*—A propósito de Rusia: *La revolución literaria, Antonio de Obregón.*—La quincena internacional: *La Conferencia agonizante; En los Balkanes; La crisis alemana, O. P.*—*Algunos problemas de Antropología vistos por un darwinista moderno, N. Percas.*—*Ni caudillaje ni mesianismo, José Díaz Fernández.*

AÑO I

NUM. 5

35 CTS.

EDITORIALES DE TODAS MANERAS, RESPONSABILIDADES

La muerte de Primo de Rivera, dictador cesante, no nos sugiere otro comentario que el de afirmar de nuevo la necesidad de que se depuren las responsabilidades de la dictadura. Sólo un viejo político de la mentalidad y la moral de ese conde de Bugallal puede atreverse a afirmar impunemente que con la muerte de Primo de Rivera están liquidadas aquellas responsabilidades. La burla de la Constitución, las multas y detenciones gubernativas, el quebranto de la Hacienda, el desbarajuste administrativo, la persecución de funcionarios, el régimen de monopolios: toda la enorme trama de ilegalidades que consagró la dictadura debe ser revisada, esclarecida y castigada para que los delinquentes no escapen a la acción de la justicia regular. Responsabilidades de gestión y responsabilidad, las políticas que deben ser exigidas por los Tribunales comunes y por los órganos de sanción adecuados. Los ministros de la dictadura tienen que responder de las disposiciones que quedaron en la *Gaceta* con su firma, y que no pueden ser borradas únicamente con la derogación o la enmienda.

La amnesia nacional, en la que fían siempre los que en un momento determinado conculcan las leyes y atropellan los derechos individuales, no puede permitirse en este momento de la vida pública, en que todo olvido o lenidad constituiría el punto de partida de nuevos despotismos. Creemos que a estas alturas no hay programa político—como no sea el de los cínicos y el de los inmorales—que no coloque en primera línea las responsabilidades dictatoriales. No es admisible el «borrón y cuenta nueva», ni siquiera a cambio de una reforma constitucional profunda que prevenga al país contra nuevos actos de absolutismo. El pasado hay que liquidarlo totalmente.

LAS ARROGANCIAS DE CALVO SOTELO

Por más absurdos y casi siempre ridículos que haga el Sr. Calvo Sotelo pretendiendo demostrar lo floreciente que han dejado a la Hacienda española los seis años ignominiosos de dictadura, no podrá nunca acallar estas dos cosas: los gritos de su conciencia política (si es que la tiene) y la fría acusación de las cifras.

No vale embaucar. No vale flamear en el viento banderas sentimentales. No vale afirmar obstinadamente «no hubo déficit en nuestra Hacienda», «no se despilfarró ni un solo céntimo». Los hechos, uno a uno, cifra a cifra, van dando un mentís rotundo a cada una de las palabras que escribe o pronuncia el funesto ex ministro de Hacienda de la dictadura. Los hechos no mienten.

Y un hecho cierto, indiscutible, que los números demuestran, es que en los seis años de régimen dictatorial el superávit efectivo del presupuesto ha sido una quimera. Y otro hecho real, evidente, es que, para demostrar al país que se habían acabado los déficits en nuestra Hacienda, se recurrió a un «truco» de muy bajo y grosero efectismo: el de desglosar del presupuesto ordinario nume-

NUEVA ESPAÑA

REVISTA QUINCENAL

Año I * 1 de abril de 1930 * N.º 51

Redacción, Administración y Talleres:
ALTAMIRANO, NUMERO 18
MADRID

Teléfonos números 40643 y 40505

rosas partidas, que iban a constituir, en la bonita cantidad total de 3.539 millones, el llamado presupuesto extraordinario. ¡Y tan extraordinario! Y otro hecho verídico, indubitable, es que, no contenta la dictadura con la sangría suéita de millones—gastos, en general, poco reproductivos—que emanaba por ese concepto, todavía ideó otras hemorragias en la Hacienda nacional para satisfacer los delirios de grandeza dictatoriales; sangre en la que, por otra parte, saciaban su voracidad infinitas sanguijuelas. Aludimos a los presupuestos especiales, ¡y tan especiales!, de las Confederaciones hidrográficas y de los Ferrocarriles.

Después de todos estos hechos abusivos, que sintetizan a grandes rasgos la obra de desmantelamiento nacional que realizó la dictadura, y de la que es responsable directo e inmediato el Sr. Calvo Sotelo, ¿cómo se atreve este señor a alzar la voz? Los técnicos, los financieros más prestigiosos de España, el propio ministro de Hacienda, demuestran con cifras, matemáticamente, que su labor, no sólo fué desatentada y errónea, sino que necesita una escrupulosa revisión. ¿Cómo el Sr. Calvo Sotelo tiene la osadía de adoptar actitudes de arrogancia? El Sr. Calvo Sotelo debe, por lo menos, guardar silencio; 2.691 millones de déficit global en los seis años de dictadura gritan más alto que sus vanos chillidos. Guarde silencio el fracasado ex ministro y disfrute en paz los beneficios que, sin duda, le proporciona la fuerte entidad bancaria que preside.

EL PATRONATO DEL TURISMO

La Cámara Oficial Hotelera de España ha tomado el acuerdo de crear a sus expensas una oficina nacional de propaganda turística para suplir las deficiencias del Patronato del Turismo, encargado de esta clase de servicios. Es decir, que los dueños de hoteles federados, o sea los que saben el alta y baja de viajeros en España, tienen que suplir las deficiencias de un Patronato que se ha gastado el año último inútilmente treinta millones y medio de pesetas. Es bochornoso que la iniciativa particular, con una suma mínima, se vea en el trance de sustituir al opulento Patronato, que, además de gastar con largueza el dinero del país, dispone de miles de funcionarios dedicados a una función estéril.

¿Quiere el Gobierno una demostración más palmaria del fracaso de ese organismo, que puede ponerse como modelo de la administración dictatorial? Es muy probable que no pase mucho tiempo sin que ese Patronato desaparezca, porque el Gobierno Berenguer conoce ya los per-

juicios que ocasiona a la economía nacional. Pero antes es imprescindible que se realice la gestión del Patronato y a sus gestores se les tome estrecha cuenta de los intereses que les han sido encomendados. Ahora mismo se están invirtiendo grandes cantidades en publicar en los periódicos de Madrid y provincias artículos oficiosos defendiendo la gestión del Patronato, cuando el Patronato no debe invertir sus fondos en otra cosa que en propaganda turística. Lo cual quiere decir que los dirigentes de ese organismo disponen del dinero público como si en todo momento les perteneciera.

LA CAJA FERROVIARIA

El ministro de Fomento ha propuesto al Gobierno la creación de una Comisión de técnicos que le ayude en la investigación de los planes y presupuestos de obras públicas que «organizó» la dictadura. Esa Comisión, pues, cumplirá una función inevitablemente fiscalizadora.

Es menester que se pongan de manifiesto, que se hagan públicas, las cantidades destinadas a diversos organismos y el por qué, para qué y para quién o quiénes fueron empleadas. Urge la revisión fiscalizadora.

El país necesita conocer, por ejemplo, la situación presente de la Caja ferroviaria. Los gastos de este organismo alcanzan una cifra muy superior a la suma de 1.800 millones, emitidas por el Consejo Superior de Ferrocarriles. No es un secreto para nadie que el producto de la venta de libras y dólares obtenidos por el Comité de Cambios, importante 500 millones, fué trasferido a aquella entidad. Volvemos a repetirlo: urgen las Comisiones fiscalizadoras. Algo ha dicho el ministro de Fomento respecto a esta cuestión. Pero falta conocer al detalle la cuantía de los fondos y sus variadas aplicaciones.

VIEJA Y NUEVA DIPLOMACIA

La diplomacia secreta—la vieja diplomacia—no ha muerto; pero tiene que ir cediendo a los nuevos métodos de publicidad su puesto de primera fila en las grandes reuniones internacionales. Existe una voluntad inequívoca, por parte de los pueblos, de intervenir cada vez más directamente en la solución de los problemas que les afectan en masa. Esta voluntad se manifiesta en el interés creciente que rodea Conferencias como las de La Haya, de Londres, de Ginebra, también periódicamente. No conviene a los Gobiernos oponerse directamente a esa voluntad; juzgan preferible concederle la parte espectacular de sus tractaciones, y reservar para los conciliábulos a la antigua usanza la gestación y el desarrollo de esos mismos problemas, sometidos luego a público debate.

El fracaso—ya difícilmente evitable—de la Conferencia de Londres ha hecho surgir una vez más la polémica en torno a la diplomacia y a la eficacia respectiva de uno y otro método. En favor de la antigua reserva se aduce lo siguiente: que la misma publicidad dada a las cuestiones en litigio sirve, sobre todo, para excitar en las masas el amor propio nacional, el prurito de superioridad sobre los demás conglomerados

LAS PEREGRINAS TEORÍAS DE LOS AMOS DEL BANCO DE ESPAÑA

por J. DE ABENDAÑO

dos nacionales. Y, a la vez, para hacer más difícil la transigencia, el espíritu de transacción; porque así como antiguamente el público sólo conocía los resultados y las fórmulas finales de acuerdo, hoy sigue con pasión la marcha de los regateos — todo acuerdo internacional entraña una transacción—y tiende, naturalmente, a considerar las concesiones de sus propios delegados como una derrota o un abandono de sus «legítimos» derechos.

Hay en este aserto una buena parte de verdad. Pero, como toda verdad a medias, no puede tomarse en sentido absoluto sin convertirse en error. Es cierto que la publicidad viene siendo un obstáculo para la indispensable transigencia mutua de las naciones. Pero esto proviene, no de la publicidad en sí—indispensable también, en régimen democrático—, sino del espíritu con que los gobernantes siguen preparando esas reuniones y de la nociva propaganda que cuidan de organizar previamente en la Prensa que les es adicta, para sostener sus pretensiones con «el apoyo de la opinión pública»—opinión preparada, cocinada por las partes interesadas en no ceder y por sus agentes.

Cuando una necesidad inaplazable obliga a los delegados a ponerse de acuerdo, la publicidad de sus debates no impide que ese acuerdo se logre: muy al contrario, ayuda eficazmente a conseguirlo. ¿Ejemplos? La elaboración del Plan Dawes en Londres; la del Plan Young, en La Haya. El común interés, no ya de los pueblos, sino de las potentes oligarquías que los siguen conduciendo, exigía un acuerdo y el acuerdo se logró. Examinense las planas de esa Prensa «moderada» y más o menos oficiosa, que es hoy el mejor apoyo de Gobiernos y plutócratas, y se echará de ver la diferencia de tono en los días de la Conferencia de La Haya, comparados con el período que incluye la Conferencia naval de Londres y la económica-aduanera de Ginebra.

La vieja diplomacia secreta, con sus maniobras tenebrosas que decidían la suerte de los pueblos sin más control que el ejercido por camarillas irresponsables, debe fenecer para no volver. La publicidad espectacular, por su parte, y en la forma en que se viene ejerciendo, es un arma de dos filos que las oligarquías y sus delegados gubernamentales han aprendido a manejar en exclusivo beneficio de sus intereses. Falta que el «hombre de la calle», el que paga con sus impuestos el despilfarro bélico y con su vida los conflictos que crea la rivalidad de los grupos arrendatarios del patriotismo de negocios, aprenda a tener conciencia plena de los únicos intereses esenciales: los suyos, que son los de la Humanidad entera.

Censurar la publicidad de las Conferencias internacionales, acusándola de provocar rivalidades — cuidadosamente mantenidas por otra parte—y de sostener pretensiones demagógicas previamente sembradas, es un procedimiento que ya conocemos de antiguo. El mismo que sirve para denunciar «los vicios del parlamentarismo» y los males de la democracia, donde Parlamento y régimen democrático sólo han sido hasta ahora cómodas ficciones, encubriendo los mismos insaciables apetitos.

Lea usted
NUEVA ESPAÑA

Estando íntimamente ligado a la política el puesto de gobernador del Banco, son los subgobernadores, y especialmente el subgobernador primero, quie-

nes más genuinamente encarnan el espíritu de la institución. De aquí que las palabras del marqués de Cabra tengan una enorme importancia, como decíamos, por simbolizar, con más propiedad que las de ningún otro, lo que, por designarlo de algún modo, hemos de llamar pensamiento del Banco de España.

Necesitaríamos todas las páginas de esta revista para poner de relieve la nefasta significación del Banco como pivote esencial de nuestro mecanismo económico, aun ciñéndonos sólo a los aspectos esbozados en ésta Junta, que alcan-



ESTE NUMERO HA SIDO REVISADO POR LA CENSURA

EL PROBLEMA AGRARIO ANTES QUE SE ALCEN LOS BIELDOS

por B. ARTIGAS ARPÓN

zaría significación histórica si en nuestro país hubiese una clara conciencia de estos problemas. En la imposibilidad de hacerlo, forzoso es limitarse a subrayar dos o tres de las frases o conceptos que las reseñas de los diarios ponen en boca del marqués de Cabra.

En primer término, es inadmisibles la insolidarización que se quiere dejar establecida, en la triste pieza oratoria que comentamos, entre el Banco y las incidencias de nuestro problema monetario. Una vez más se pretende afirmar tan viciosa práctica, frente a la que no hay que objetar más que esta afirmación rotunda: aunque el Banco cree que no, su función esencial, su mejor razón de ser, la principal disculpa para el monopolio que representa es apechugar íntegramente con el problema. Así sucede en todos los países, que no tolerarían lo que de momio tiene el Banco sin esa contrapartida vital para la economía de los Estados.

En España, una tradición bochornosa tiene establecida la costumbre de que la única misión fundamental del instituto emisor sea pastorear las vacas gordas de las finanzas nacionales. De aquí que cuanto sea ligarlo a responsabilidades serias, con los naturales riesgos, provoque el alza en masa de su Consejo, que ejerce una suerte de mandamiento sobre todos los Gobiernos, como ápice que es de la inveterada organización caciquil a que España está sometida en todos órdenes, y de modo muy notable en el económico-financiero.

Sólo así ha podido decir el marqués de Cabra—con puntas de ironía de quien al fin es vencedor—que casi no afectan al Banco las incidencias de las iniciativas gubernamentales en orden a la intervención del cambio. Y sólo así ha podido loarse como solución el tremendo error del empréstito interior oro (por lo que tenía de liquidación de una posible responsabilidad, sacudiéndose de paso las pérdidas, que se fijan vagamente, en cuanto al Banco, en dos millones, sin especificar siquiera que son dos millones por año, a partir de 1921. Insistimos en la puntualización, porque un malabarismo similar de inhibición ahorró al Banco la aportación gratuita de la mitad del empréstito interior oro, a que la ley le obligaba y a que no supo obligarle la dictadura, porque el Banco siempre ha sido en estos órdenes una hiperdictadura. Es decir, 175 millones de pesetas oro que el Banco hurtó de adelantar al país en un momento de apuro, y que venía obligado a hacerlo por simple imperativo legal, sin la menor intervención sugestiva de los compases de una marcha patriótica.

El cavernario espíritu que anima el discurso a que venimos refiriéndonos, culmina en esta afirmación, que tomamos de la reseña que dió *El Debate*: «Hemos pasado dos años de zozobra, de intranquilidad; recojamos ahora la dura, pero provechosa, lección. No hemos tenido que ir forzosamente a la estabilización. Digámoslo claro y en español: no hemos tenido que ir a la quiebra, que quiebras son las estabilizaciones.» ¡Es difícil imaginar atrocidad más rotunda en boca de todo un subgobernador primero del Banco de emisión de un Estado!

Ignora, por lo visto, este señor, que desde su puesto esa afirmación es una

John dos Passos, en su reciente libro *Rocinante vuelve al camino*, habla del problema agrario. Un amigo le dice en Córdoba, en día de feria: «¿Se dan cuenta ustedes, los de afuera, de que aquí, en Andalucía, nos morimos de hambre?»; pasaba en aquel momento Belmonte, y los «hambrientos» le aplaudían. Peor que en Roma: los cordobeses tienen circo; pero no se les llena la panza, comenta el «cicerone» de John dos Passos. Ni panza llena ni siquiera circo, puede agregarse: hasta el circo es para los privilegiados.

¿Es así el problema agrario español o se trata de un tópico que asalta al visitante que, al pasar furtivo por España, trata de fijar los rasgos de nuestra fisonomía? Es así el problema. En el campo, el proletariado agrícola—casi el doble que el proletariado industrial—padece hambre física y hambre de tierra: hambres que nadie quiere satisfacer; pero que los campesinos llegarán a saciar algún día. Cuando más, se ofrece a los obreros, depauperados por un presente agobiador y una herencia de miseria multacentenaria, el derecho a manipular la tierra, para que se hagan la ilusión de que fecundan a la hembra propia; lo cierto es, sin embargo, que el fruto gestado irá a llenar otros silos, a acumularse en otras trojes. Por las manos del que hizo de la tierra piedra filosofal que se convierte en oro panificable pasará la riqueza que ha de acaudalar al prócer o al burgués terratenientes, antes de servir de sustento a la raza. Pero nada se le habrá quedado entre ellas al que sabe dar con el verbo cabalístico, verbo que es acción, para que la tierra abra sus entrañas prolíficas. Y el hambre le pigmentará con ese color terroso y grasiento, revelador de la alimentación deficiente y consuntiva.

Incluso en este vil comercio con la tierra, el coímero anhela siempre aumentar el gaje que le rinden los cultivadores, arrancando de su boca un pedazo más de pan. Al trabajador del campo le queda esta elección: avenirse al aumento de renta o verse lanzado, y en este caso la tierra quedará yerma, en espera de obreros más complacientes. «Si en una región determinada los obreros se ponen demasiado exigentes—dice John dos Passos—, los propietarios deciden

dejar la tierra en barbecho un año o dos. Así yacen ociosas miles de hectáreas o son pastos para toros de lidia.» ¿Es el tópico otra vez? No. Aunque no falte quien quite importancia a esas dehesas, es cierto que Córdoba, la provincia, arrastra el baldón de manchas latifundistas, mientras millares de familias obreras perecen de hambre o emigran. Esto no es el tópico.

El Debate, nada sospechoso de debelador del actual régimen jurídico de la propiedad, hablando de la vida de los braceros, ha consignado cifras elocuentísimas. Los jornales varían en la provincia de Córdoba entre 3,25 y 5,40 pesetas diarias; depende de la naturaleza de las labores: sembradora, labores corrientes y recolección. Pero con ser así de exiguo el jornal y sobre que la vida es cara, hay que agregar que no trabajan los braceros todo el año, pues llegan a tener hasta doscientos días de descanso, y, término medio, pasan de ciento los días de paro forzoso. En definitiva: lo mejor para el obrero andaluz es obtener como máximo un jornal diario permanente de 3 pesetas; con ellas ha de mantener a la familia, vestirla, calzarla, educarla. Lo peor es tener que dar la espalda a la patria para buscar en otros suelos ocupación lucrativa a sus brazos, si carece de bríos para reaccionar contra una organización social inieua.

Esto en Córdoba, en Castilla y en Aragón. De esta región última es el caso de Farlete, en los Monegros, donde rima con la tragedia de la Naturaleza sedienta el alma trágica del propietario. Los vecinos de aquel pueblo venían cultivando tierras del término municipal tradicionalmente, y daban al dueño de aquel dominio directo-donoso, dominio de quien nada pone y cobra un diezmo, la décima parte de los frutos. Cambió el dueño de aquel dominio directo y quiso, el nuevo, porque aun subsiste el bárbaro derecho quirritario a la especulación con un elemento natural, cual es la tierra, elevar la renta, para lo cual comenzó por negar a los vecinos su derecho al dominio útil de que gozaban secularmente. Vino, como es uso, la lucha despiadada. Los labriegos, incluso en posesión de una sentencia judicial que les era favorable, quisieron seguir ejercitando su derecho tradicio-

patente de cerrilismo. Estabilización quiere decir, no sólo moneda fija, sino economía saneada, presupuesto equilibrado, negocios ordenados, desarrollo vital del país—en una palabra—regularizado y garantido. Lo contrario, eso que no es quiebra para el rancio marqués, eso que tan «gustosamente» vivimos ahora, es el desorden y el caos en las finanzas y en la economía entera de España; la imposibilidad de todo negocio estable dentro y fuera de la nación; la entronización, en suma, en la cúspide de las finanzas públicas y privadas, de una gigantesca ruleta: el alza y baja, incontroladas de la moneda. Claro está que nadie ocupa mejor posición en el

«hagan juego» que los banqueros. Pero, como no deseamos ser injustos al enjuiciar a las personas, preferimos atribuir tal afirmación a un simple fenómeno de atraso mental progresivo.

Lea usted
NUEVA ESPAÑA

nal y no se dieron por conminados. Pero iban al campo y las autoridades les detenían, les arrebataron los aperos, les quitaban las caballerías. Habían esparcido la semilla y, como no les dejaban enterrarla, los pájaros, en colaboración con el terrateniente implacable y ambicioso, se comían los granos de los humildes labriegos. Era, además, sarcástico para éstos que la autoridad judicial

les diera la razón, y se la quitase la autoridad civil.

En este caso, sobrevino una tregua; en otros muchos, que esmaltan la historia agraria española, la tregua se produce siempre por sometimiento de los braceros y dura lo que la complacencia en el ánimo regodeado del propietario.

Esta contienda, mantenida de una parte por los dueños tradicionales u

ocasionales de la tierra, y de otra por los que la hacen producir, ha llegado a esclarecer el espíritu de los campesinos, y éstos han formulado la siguiente conclusión: «La tierra es de quien la trabaja.»

Ortega Gasset, que estuvo en Córdoba, ya hace algún tiempo, estudiando el problema del campo, decía en un artículo de *El Sol*: «Es impresionante la negativa de los obreros, como ha sucedido en Adamuz (Córdoba), a aceptar parcelas de terrenos comunales de hasta una extensión de 8.000 hectáreas que se les ofrecían, juntamente con los auxilios de la ley de colonización interior, para comenzar la roturación y el cultivo. La tierra que pretenden es la hecha ya, con el sudor de la fuerza de sus generaciones, en nombre del derecho del obrero al producto íntegro de su trabajo». Y respondiendo a este convencimiento, agregaba: «Acaso dentro de pocos meses se alcen en la bética campiña cien mil hombres, blandiendo con guerrero frenesí los pacíficos bieldos. Pues bien: esos hombres hostiles no pedirán pan, pedirán ¡tierra!»

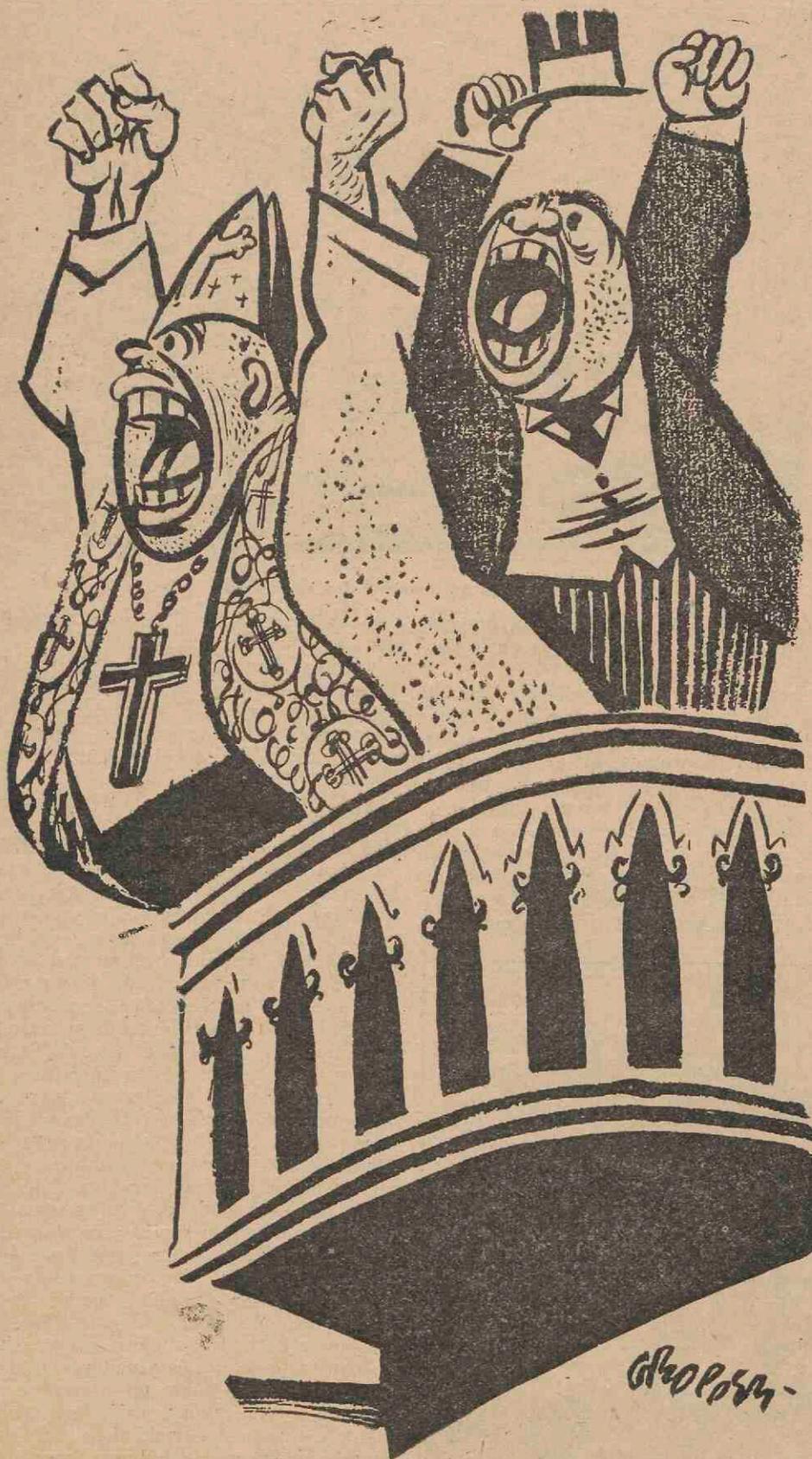
Desde entonces, el problema no ha sido resuelto: la aspiración irreducible está latente, con mayor fuerza expansiva en el corazón de los campesinos. Por eso, antes de que alcen vengativos los bieldos pacíficos, hay que satisfacer los anhelos de los cultivadores. ¿Cómo? Echando abajo, sin contemplaciones, el absurdo y anacrónico régimen jurídico de la propiedad de la tierra, y levantando sobre los escombros el nuevo régimen en que la propiedad de la tierra sea una función social y quienes la cultiven los únicos beneficiarios del producto de su esfuerzo. Magno, pero básico, inexcusable programa de partidos, como el radical socialista, que aspira a construir un Estado democrático en que la justicia sea garantía de la libertad y el orden.

NOTICIAS LITERARIAS

Alemania

Berlín prepara para 1931 una colosal Exposición internacional de Arquitectura nueva, que tendrá lugar al Este de la ciudad. Están ya construidos dos gigantescos pabellones de treinta mil metros cuadrados cada uno, y se trabaja en las obras de otro más. Alrededor de los pabellones, los stands de la Exposición se extenderán en doscientos mil metros cuadrados al aire libre. Esta será la culminación grandiosa de las continuas Exposiciones internacionales que celebra Berlín—sólo en el año 1929, la del avión, la del automóvil, la de la radio, la de propaganda y la de agricultura.

El famoso dibujante comunista Grosz ha sido condenado en suprema instancia—en las inferiores había sido absuelto—por la publicación de una caricatura en la que se presentaba a Cristo con una careta de gases asfixiantes y calzando botas de montar; el pie de la caricatura no nos sería posible reproducirlo. La intelectualidad alemana ha protestado unánimemente contra la sentencia.



EL POPE Y EL BURGUÉS REBATIENDO "RAZONABLEMENTE" AL GOBIERNO RUSO

(Caricatura de William Gropper en la revista "New Masses", de Nueva York)

ALGO MAS SOBRE LAS CASAS BARATAS

por F. GARCÍA MERCADAL (Arquitecto)

Los comentarios en torno a nuestro anterior artículo nos inducen a seguir sobre el tema, ya que hay algo más, mucho más, que decir sobre esas casas baratas, sobre esas viviendas que, al amparo del apoyo oficial, se han construido en España, sin resolver ni aliviar el angustioso problema de las clases más necesitadas de la sociedad.

Se nos dirá, y así es, que el error es de origen y que radica en la ley, en esa pintoresca legislación, que analizaremos para demostrar que el adjetivo que le aplicamos es el más benévolo de los que merece.

Una casa es como un traje: puede éste hacerse a la medida o ser comprado en «El Aguila», y así, las clases acomodadas se hacen las casas lo mismo que los trajes: a la medida, y es a las clases modestas de la sociedad a las que, con la ley de Casas baratas, el Estado, reconociendo el valor social de la vivienda sana, debe procurar albergue.

Otra consideración previa al análisis de la ley podemos hacer, y tal es que, para poder definir las condiciones de una casa barata, parece lógico se supiese hacer una casa, y después, algo más difícil, saber construir una casa barata.

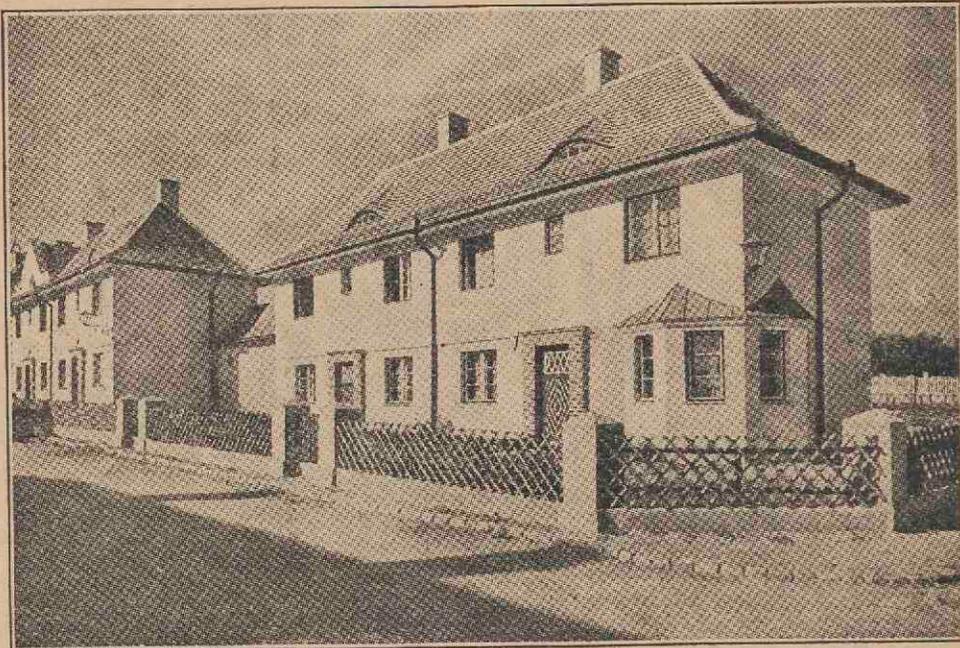
El precio de una casa será función de dos factores: el terreno y la construcción; la baratura de ésta depende de los materiales, de la manera de estar empleados (sistema de construcción) y de la mano de obra; en definitiva, de la técnica con que esté construida. En una palabra, una casa será barata si técnicamente fué así concebida.

Después de estas consideraciones, de lógica elemental, bien podemos afirmar que la ley de Casas baratas debe ser esencialmente un problema técnico, y por ello el legislador, en este caso, sólo un técnico o una Comisión de técnicos especializados debía ser, ya que éstos son los únicos capacitados para definir y precisar sobre estos extremos, sobre los sistemas de construcción, sobre sus estructuras, no pudiéndose admitir la

vaguedad, por ejemplo, del artículo 58 de la ley, donde se definen las condiciones relativas a la estructura: «Art. 58. Los cimientos y muros hasta un metro de altura han de construirse de modo que resulten protegidos contra la humedad del suelo. Se protegerán las fachadas de las casas con aceras de 0,60 me-

nada sobre «normas», nada sobre materiales, etc...

Y esta imprecisión y vaguedad que señalamos, y que es la puerta abierta a la posible interpretación de la ley, existe en todos los artículos. Veamos cómo reza otro cualquiera. El artículo 29, por ejemplo, dice así: «El precio de los terrenos destinados a la construcción de las casas baratas habrá de guardar la debida proporción con el coste total de



Casas baratas municipales en Viena

tros de anchura, como mínimo, que impidan las filtraciones de agua en la parte inferior de los muros.

Los muros exteriores y las cubiertas de los edificios deberán tener las debidas dimensiones para garantizar su solidez, y habrán de proteger suficientemente el interior contra las variaciones atmosféricas de humedad y temperatura.»

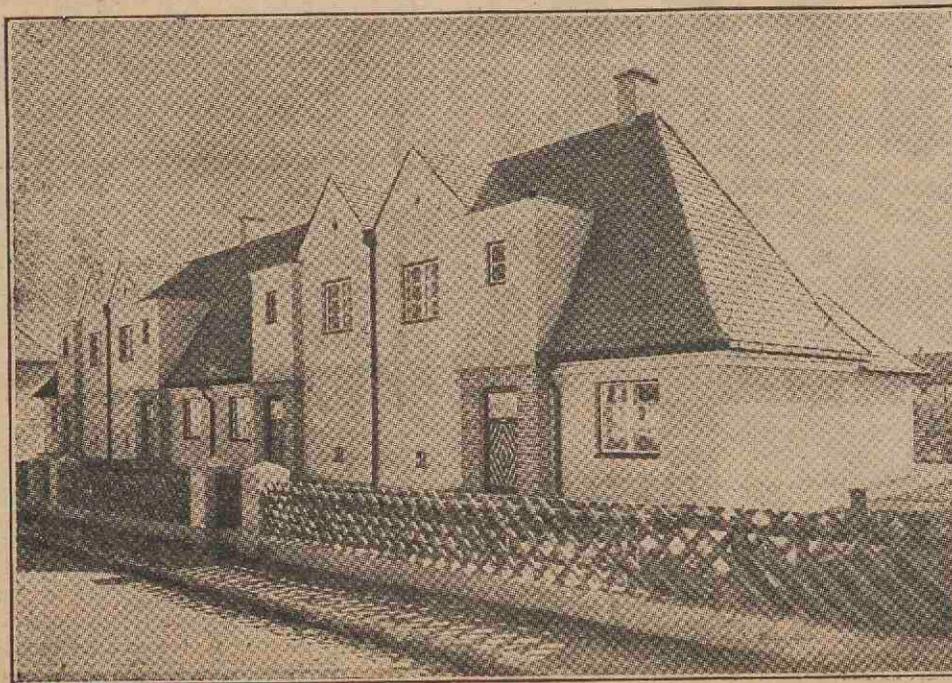
Dedúcese bien a las claras, por el citado articulo, que el legislador no fué un técnico, ya que nada se define sobre los sistemas de construcción, hoy variadísimos; nada sobre los tipos de cubiertas,

las casas que en los mismos se edifican.» ¿Cuál es esta proporción?

«No se aprobarán, a los efectos de la ley y de este Reglamento, aquellos terrenos que, por su excesivo precio, dejen un margen reducido para la construcción.» ¿No se podía haber señalado ese margen?

Veamos ahora el artículo 27, que dice así: «No se podrá conceder la calificación de casa barata a la que se construya para darla gratuitamente a censo, en amortización o para habitarla su dueño, si su coste verdadero o el precio de venta, incluido el de las obras de urbanización indispensables, en su caso, y el valor de los terrenos, exceda del quintuplo de ingreso máximo anual señalado al beneficiario en la localidad que se trate.»

Según esto, como en el artículo 21 se fija en 6.000 pesetas, la única cifra que figura en la ley, el máximo de ingresos del beneficiario, dedúcese que no podrán hacerse casas baratas cuyo coste sea mayor de 30.000 pesetas. ¿No hubiese sido mucho más sencillo y claro que el legislador hubiese establecido unas escalas de variación de los posibles ingresos de los beneficiarios, de los tipos de casas al alcance de los mismos, así como de los terrenos sobre los que éstas pudiesen ser construidas? Pero en este caso la aplicación de la ley hubiese sido mucho más justa, mucho más sencilla, y el dictamen o informe sobre un proyecto podría, en caso de una revisión, ser fácilmente controlado, exigiéndose las responsabilidades a que hubiese lugar, las que hoy, por culpa de lo defectuoso de la ley, se hacen imposibles de dilucidar en los numerosos casos de todos conocidos, vergonzosos fracasos del apoyo oficial en política de vivienda.



Casas baratas municipales en Viena

Liberalismo reaccionario

CARTA DE BRUSELAS

por José Rodríguez Miguels

La Federación Nacional de los Estudiantes Liberales clausuró estos días su Congreso anual. No se crea que lo hizo protestando contra la prisión de Gricha Káhan, estudiante condenado a diez meses de reclusión y a la expulsión del territorio belga por uso de falso pasaporte (en realidad, por ser comunista). La Federación de Estudiantes Liberales prefirió correr un velo de silencio sobre ese nuevo atentado al derecho de refugio político-social. Otros intereses más vivos y profundos, al parecer, ocuparon a la joven Asamblea... Así, entre las mociones discutidas y votadas, hay algunas que retratan positivamente la «mentalidad liberal». Me refiero a las vacaciones obreras remuneradas, a los seguros sociales, a la enseñanza profesional.

En la primera de esas mociones, los ardientes defensores de la libertad y el progreso reconocen «el interés que representan en tener altas cuestiones sociales y el de las vacaciones obreras en particular». No es que se aproximen tanto a Proudhon o a Carlos Marx como el Sr. Vanderbilt... Pero los jóvenes liberales entienden que esta reivindicación obrera, llevada al Parlamento por los socialistas, «no es tan urgente como otras reformas sociales actualmente en estudio»; que es excesivo para la industria el peso de gran número de reformas sociales realizadas en los últimos diez años y que son grandes las dificultades de adaptación o de regulación práctica de la reforma; que existe el peligro de una crisis industrial (para el capitalismo, claro está) y que la Oficina internacional del Trabajo no juzgó oportuno inscribir las vacaciones remuneradas en su programa para 1932... Esperan los simpáticos muchachos que el Parlamento «no se deje impresionar (sic) por el escándalo que los socialistas promueven alrededor de esta cuestión y no emita ligeramente su voto». El pintoresco documento acaba exponiendo la idea de que el problema sea discutido «por organismos competentes».

¿Qué organismos puede haber más competentes que el Parlamento, órgano supremo de la democracia belga, donde las opiniones y los votos exponen por lo general los intereses de las clases en litigio? Por este camino no tendremos que sorprendernos de que mañana estos ardientes liberales reclamen, en nombre de la libertad, el cierre del Parlamento o la prisión de los diputados socialistas. Esa tendencia a negarle al Parlamento la competencia o la autoridad para discutir y resolver ciertas cuestiones de carácter económico, ligadas a los intereses fundamentales del Estado, es el rasgo característico del espíritu reaccionario. En realidad, toda la moderna obra de la reacción ha tenido como pretexto la técnica y la competencia que los conservadores niegan a los políticos y a los parlamentarios en general. La juventud

liberal belga da, pues, a la reacción, no sólo su aplauso, sino su ayuda.

Por otra parte, la segunda moción afronta el problema de los seguros sociales obligatorios con el espíritu más rotundamente capitalista. La reproduzco como un documento precioso para el estudio de la psicología liberal contemporánea:

«Considerando que un régimen de seguro obligatorio no debe descansar en organismos de tendencias políticas ni tornarse un vasto organismo del Estado, la Federación se incluirá en el sentido de desear que el seguro legal sobre la base de la profesión en cuadro de las empresas, manteniéndose el seguro privado organizado por las sociedades existentes.»

Esto es, en otras palabras, negársele al Estado democrático moderno el derecho y el deber de velar por las clases trabajadoras. Estas propuestas nos relevan de más largos comentarios. Su elocuencia es decisiva. Diríase que la juventud liberal anduvo recogiendo opiniones, de puerta en puerta, en el barrio de los Bancos. En efecto, no sería fácil exponer con más claridad y erudición (sin atacar abiertamente a los poderes democráticos del Estado) los puntos de vista de los enemigos de la democracia y del pueblo. Tales son las ideas que se abrigan en el seno generoso de la juventud belga que se llama liberal. La propia burguesía se encarga así de enarbolar el principio de la lucha de clases: «El Estado es el instrumento exclusivo de la burguesía».

Quedó asimismo establecido un punto de referencia ineludible. Como en las mociones de los sindicatos burgueses, los estudiantes hablan de «crisis industrial» (siempre considerada desde el punto de vista capitalista). Es posible que la Federación Nacional de los Estudiantes Liberales esté constituida casi exclusivamente por hijos de banqueros, industriales y grandes comerciantes, y entonces sus opiniones tienen apenas el valor de un eco familiar, aun así condenables. Pero entonces se me ocurre preguntar en dónde se esconde el resto de la juventud belga.

En la moción relativa a la enseñanza profesional, los estudiantes aconsejan a los diputados liberales moderar sus pruritos reformadores, siempre dentro del respeto «a las necesidades económicas... de la burguesía capitalista (no lo olvidemos)». Nada más es preciso para saber qué partido toma la juventud liberal de este país, amarrándose al capitalismo, en contra de las más elementales y moderadas reivindicaciones de la masa popular, tales como las que defiende—claro que entre las protestas de los comunistas—el moderadísimo partido socialista. Así se van delimitando los campos. El proletariado belga sabe hasta qué punto puede contar con los liberales. Fué tal vez en previsión de estos o de otros acontecimientos, por el presentimiento de una ruptura social inminente, por lo que el prudente Vanderbelde reclamó hace poco el reconocimiento de los soviets. Toda la moderación, toda la «sagesse» de la burguesía belga, no po-



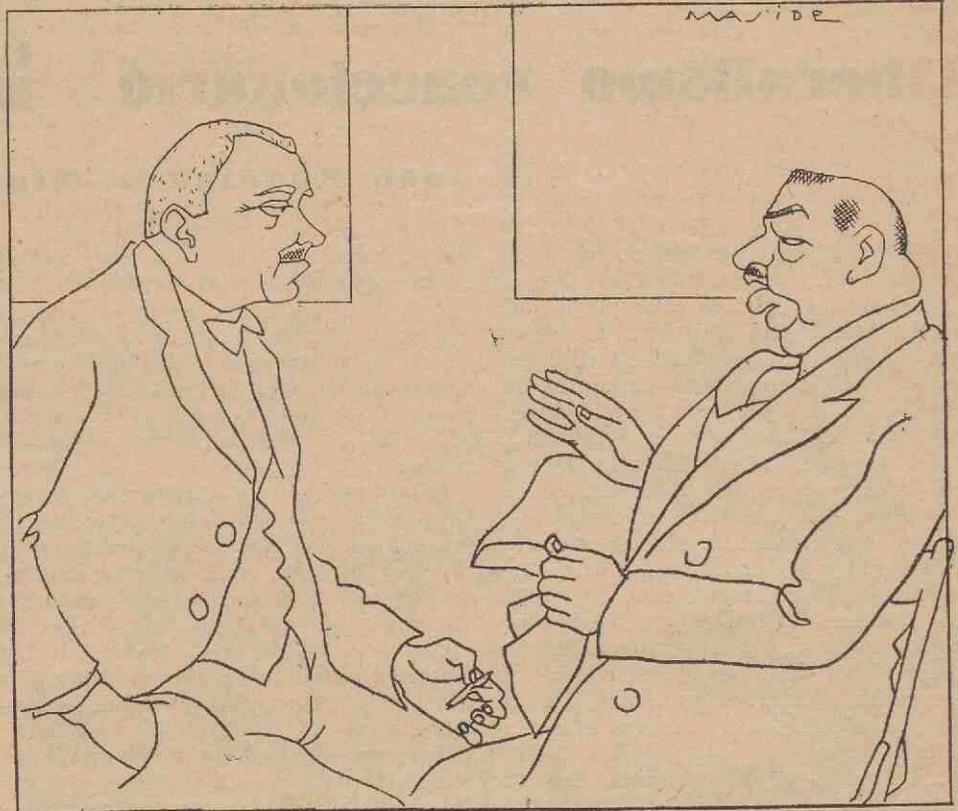
Policias londinenses arrancando las banderas rojas en una manifestación comunista

día impedir que, lentamente, los núcleos sociales opuestos se consoliden irreduciblemente. El proletariado, desilusionado de los métodos demasiado lentos de colaboración parlamentaria, irá poco a poco tomando posiciones alrededor del polo doctrinal de la lucha de clases, y el Sr. Vanderbelde corre el peligro de verse abandonado en medio de una vasta y complicada argumentación marxista-reformista. De otra parte, los elementos de la burguesía sostienen que el Parlamento discute demasiados problemas esenciales, haciendo exageradas concesiones al socialismo, y acabarán por recurrir a los medios extremos de autoridad y autocracia. El proletariado acabará por derrumbar el sistema de las reformas por cuenta gotas, apelando a otros métodos más eficaces, mientras la burguesía procurará atrincherarse en sus privilegios, negándose a ceder a toda reforma, como no sea a costa de víctimas y desgracias lamentables.

En nuestros países meridionales, la palabra «liberal» corresponde, en un sentido ineludible, si no a la abierta simpatía o adhesión a las ideas de izquierda, por lo menos, a un sentido de tolerancia doctrinal y de espíritu comprensivo. Si los hombres de gobierno no falsearan muchas veces la significación de esa palabra, practicando una política opresiva y reaccionaria, la verdad es que en la

Lea usted NUEVA ESPAÑA

atmósfera libre de las plazas o en el ambiente agitado de las asambleas políticas, nadie osó introducir el vinagre reaccionario con el rótulo de un vino liberal, y las afirmaciones liberales siempre corresponden a un sincero espíritu de colaboración y entendimiento con el pueblo. Ningún liberal se atrevió jamás a negar en principio los derechos de los trabajadores, aun discrepando acerca de la extensión de ciertas reformas o de la manera de llevarlas a cabo. Aun los vemos en España y Portugal a la masa liberal académica unirse al proletariado para defender las garantías o los derechos constitucionales. Si la edad y la experiencia corrompen a los hombres y vemos a un político liberal reprimir por la fuerza una huelga de obreros, la verdad es que un hecho de esta naturaleza encuentra siempre en nuestra mocedad liberal una decidida antipatía. ¿Qué estudiante democrático se atrevería en Madrid o Lisboa a tomar partido contra una reivindicación obrera tan legítima y elemental como las vacaciones remuneradas? Sin embargo, los jóvenes belgas parecen haber nacido viejos. O les falta la imaginación necesaria para comprender la monstruosa contradicción de las palabras y los sentimientos, o dan pruebas de un cinismo inconcebible. Asimilado a la clase social que más interés puso en la caída de los viejos regímenes autocráticos, el liberalismo tiende a significar hoy en la economía y en la política la organización de los intereses burgueses, antisocialistas, antidemocráticos,



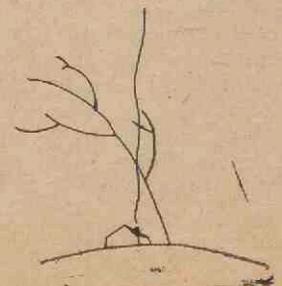
—Lo que hay que procurar es que no se entere la IZQUIERDA de lo que hace la DERECHA...

que no vacilarán en un momento decisivo de lucha en echar mano de todos los recursos para sofocar la voz de los más legítimos derechos de las clases populares. En fin de cuentas, es esa la característica dominante del liberalismo actual. El enflaquecimiento progresivo de la autoridad democrática de que, de día en día, es mayor la contradicción entre los actos y los principios y mayor la distancia entre las opiniones y los intereses generales de las masas y los de las clases dominantes. El papel de intermediario en la lucha de clases, el «parachoques» social que cabía hace treinta o cuarenta años al liberalismo, cabe hoy al socialismo. Aquél quedó ligado para siempre a los intereses económicos de una clase que se encuentra en desacuerdo con el espíritu y las necesidades de la vida contemporánea. El pueblo tiene, cuando mucho, el derecho de votar, nunca el de gobernar, por más que los doctrinarios se esfuerzan en hacernos creer que el Macdonald del «golf» no difiere socialmente del Macdonald obrero de hace veinte años... La democracia liberal permite a los hijos del pueblo el acceso al Poder, mediante la adquisición de una mentalidad distinguidamente burguesa y antipopular. Vivimos en el Estado burgués, con dictadura o sin ella, como nuestros abuelos en el Estado teocrático, feudalista o autocrático. Entre los conservadores de la extrema derecha y los liberales del centro no hay, socialmente, diferencia alguna. La democracia liberal es el régimen de evolución, no para las izquierdas, como se pretende hacernos creer, sino para las derechas. Muchas figuras dominantes de la política conservadora o liberal contemporánea partieron del anarquismo o del socialismo para llegar, por etapas sucesivas, a las posiciones de mando que hoy disfrutaban. Para el nuevo Estado que se esboza—Estado

socialista—, esos grupos constituyen un bloque del que apenas se destacan ligeramente en una tentativa de pacificación social las patrullas socialistas, con sus abogados elocuentes, sus profesores metafísicos, sus obreros cristianizados. Para mantener su equilibrio político, el liberalismo precisó apropiarse de algunas reivindicaciones del propio socialismo, lo que es, teóricamente, muy bello. Prácticamente, los liberales se sienten alegres con la efervescencia de esta mocedad, que sintetiza de una forma tan clara sus tendencias reaccionarias.

Deseando mantener por la fuerza de las circunstancias y el poder de la tradición (las palabras aún pueden mucho) la apariencia de un régimen democrático, la burguesía es vivamente solicitada por el sistema de gobierno à poigne, único recurso que puede utilizar para huir de las consecuencias lógicas de los principios liberales en la evolución económica y social. A la orilla del abismo, necesita agarrarse a las fórmulas, pretendiendo darnos la apariencia por la realidad. Pero, si no cambia a tiempo de procedimientos, puede que la fuerza de los acontecimientos la precipite desde las alturas con todas sus fórmulas, sus principios, su legalismo y su espada en la mano.

Bruselas, marzo.



ALMAS PILONGAS Y OTROS HONORES

por MAURICIO BACARISSE

El primer postulado que debe sentarse al incoar un intento de sistema de reforma en la política de nuestro país, es el de la mezquindad española. Escribamos y pensemos postulado y no principio, ya que un día ese primer elemento ha de ser arruinado y destruido por el mismo desarrollo del sistema. Diferencia primaria entre la esencia de las ciencias especulativas y ciertas posibilidades de las prácticas. En las primeras, el conjunto, el andamiaje, derivado de un primer postulado, gravita sobre él; pero el tomado como apoyo o fulero lo respeta y deja incólume. En las ciencias prácticas, y en la más vital y rica en contingencias, la política, el desarrollo, más biológico que lógico, con el ímpetu de su apetito y afán, desvía sus propios principios. Dicho se está que estimo la política, dentro de los límites de la atmósfera española, como una actividad negativa y combatiente. Dejemos para otro día declarar si la considero universalmente del mismo modo. Desde luego, los postulados políticos, al revés de los científicos, deben ser destruidos, por encerrar en sí un objeto de reacción y no un motivo de respeto. Es decir, volviendo los términos, sólo debe postularse lo destructible, las terribles verdades de hecho—distintas y contrarias a las de la ciencia que son de derecho—, realidades denunciadas, emplazadas a muerte, llamadas al aniquilamiento. Y no quiero expresar con esto—tolerad la insistencia—que política sea algo ciego y arbitrario que socave sus propias bases por una imagen sonsacada a las

ciencias, sino que política es norma de acción y, como tal, ha de ser combate, agresión pura, destrucción. Su objeto ha de ser negativo. Todo programa utópico positivo es irrealizable, pues no hay incubadora que convierta en hechos las ideas generales, naturaleza y esencia absolutamente irreductibles.

Es preciso acabar con la mezquindad española y con todo lo que pueda ostentar su representación; pero no empleemos como antídoto ninguna fórmula de República de amplios rasgos, la platónica u otra, demasiado dilatada e inactual. Durante todo el pasado siglo, en España osciló el gobierno entre espuelas y espadones, no siempre sustentadores de florida y delicada cultura, sino de analfabetismo mal rectificado, y libreros de lance andaluces, chungones, demasiado ingenuos o harto descreídos, que ponían chistes y apostillas indecorosas en los volúmenes de sus nutridas bibliotecas, que otra cosa no fueron González Brabo, Castelar o Cánovas del Castillo. Es preferible un objeto de tiro, un blanco o un par de equívocos: el de la zafia virginidad de la mente o el del trato inadecuado con los libros, ya en forma de irrisión, ya de veneración ciega de sus abstracciones.

Al escribir estas líneas, la opinión pública pasa por unos momentos de incertidumbre hamletiana, que enerva y agrava cierta melodía elegiaca ocasional. Pero lo cierto es que la dictadura en nada contribuyó a corregir nuestra mezquindad nacional, incoada no, reinstaurada en tiempos de Carlos IV y endémica,

a pesar de los esfuerzos periódicos y aislados del siglo XIX, reflejos unas veces vivos, otra amortiguados, del relámpago de 1812.

Hay quien cree que la simplicidad es el mejor expediente político. Todavía existen mamotretos de Derecho natural en las Universidades españolas que mantienen en su primer capítulo el parangón de la esencia jurídica con la rectitud geométrica a base de la definición de ésta como el más corto y expedito camino entre dos puntos. Claro que en los espíritus de formación bélica hay tendencia a esta otra máxima simplista: Quien manda, manda, y cartuchera en el cañón. Y con esto los espíritus no reaccionan. El encogimiento, la contracción es una forma, más ingenua que servil y timorata para contribuir a estos intentos de simplificación. El que se comprime o se apilonga, cree realizar una misión cívica, constriñéndose al estrujado destino de uva pasa o higo de Fraga.

Lo más triste de las derechas españolas es su tendencia a prescindir de toda lozanía cívica. Expedientes cortos, de reducido radio. Todos los políticos dinásticos, por ende conservadores—si se exceptúa al señor Ossorio y Gallardo—, parecen vendedores de frutas secas. La pasada dictadura con su programa en un papel de fumar de unidad española, reforma fiscal con vistas a obras públicas y empleo del proletariado, y sus proyectos en política exterior de ser cabeza de compás que tuviera por ramas a Francia e Italia, coordinando sus dilataciones, y actuar de imán respecto a América, fracasó, entre otras causas, por la sencilla causa del apilongamiento de la sencillez. La mezquindad se enseñoreó de todo. Se atropellaron las garan-



Manifestación comunista en Nueva York

RIFA RAFA

LEA USTED "NUEVA ESPAÑA"

Porque este partido será, al parecer, constitucional y parlamentario.

Es estupendo.

En el Poder, dictadores, y en la oposición, constitucionales y parlamentarios.

Estos chicos de El Escorial son verdaderamente listos.

Y muy puros.

Sobre todo, puros.

■

¿Y Mariano Baselga, que los sombreros de las perchas cuelga?

¿Qué se hizo de Mariano Baselga?

■

Vamos a recordar, porque siempre es conveniente:

El Sr. Díaz de Mendoza (D. Fernan-

tías autonómicas del Poder judicial y el decoro de la función docente, y así se amputó de la conciencia nacional las más sagradas y primarias objetividades. Cierta es que en lo que va de siglo desde Costa a hoy han sonado muchas voces con programa bilateral, a dos columnas, y en las cuales el grito de defensa de las libertades económicas parecía envolver el rumor de apego a las libertades políticas, desacreditadas por los libreros de viejo, los remendones y los que ponían detrás de cada Constitución esa prodigiosa organización caciquil que está pidiendo un novelista de la picaresca social, en este siglo xx de tanta sagacidad y donaire como los novelistas de la picaresca individual en el xvii.

La simplicidad se convierte en ramplonería por obra de las derechas en este desventurado país. Yerro grave es de ciertos elementos de la juventud intelectual española, si por miedo a los desafueros de la huera palabrería demagógica caen en el reseco campo de la reaccionaria sencillez, del expediente más corto entre dos puntos, que para las tiranías o las dictaduras siempre ha sido confundido, por una triste metáfora, con el Derecho. Deplorable destino espera a los que ansien un desarrollo del espíritu y de cualesquiera gérmenes ideales, al introducirse en la enrarecida atmósfera de las derechas españolas. Se agitarán, se reducirán a la más mínima expresión espiritual, se fosilizarán. Inútil es que pretendan darnos la castaña, con su mezquindad acomodaticia, pues en breve plazo no habrá quien hinque el diente a sus productos, ya que todas las castañas de sus almas serán pilongas.

do), ¿no ofreció en cierta ocasión el teatro de la Princesa para alojar a los paletos del homenaje al dictador?

Y el Sr. Muñoz Seca, ¿no era uno de los más fervientes partidarios de la dictadura?

¿Qué hace en la oficina el Sr. Muñoz Seca?

Y la señora Díaz de Artigas, con su esposo el Sr. Artigas, ¿no firmó la convocatoria para el homenaje al dictador?

■

Un empleado del turismo que fué de Madrid a Barcelona estuvo tres meses en aquella Delegación, encargado de traducir y contestar la correspondencia extranjera.

En los tres meses hubo dos únicas cartas: una, de cierta señorita francesa que le reclamaba desde París al jefe de la Delegación el envío de unos miles de francos para los vestidos de la temporada. Y otra, de un industrial de Nueva York que proponía un negocio de encendedores.

Esto es turismo, y no lo que hay por ahí fuera.

■

El Gobierno—más bien, la Policía—tiene la obligación de limpiar al país de todas las ladroneras que le infestan.

■

Un ex asambleísta, colaborador servil de la dictadura, tráfuga de varios partidos, erudito «ful» y upetista de corazón, ha tenido el desvergonzado cinismo de dar un ¡viva la libertad! desde un balcón, en Barcelona.

¡Intelectuales liberales de Cataluña!

¿Por qué no le habéis dado de puntapiés al descender del tren, en Barcelona?

■

El Sr. Martínez Anido, cuyo nombre, aureolado por los bellos sucesos que ocurrieron en Barcelona en su época de gobernador, inspira cierta aprensión a las gentes pusilánimes, anda yendo y viniendo de ceca en meca y de zoco en colodro...

Es una especie de fantasma que no se sabe dónde va, de dónde viene, lo que quiere, ni siquiera si existe de veras o es un uniforme de general conteniendo el vacío.

Nosotros, queriendo atraparle, hemos acudido a diversos sitios, sin encontrarle nunca. Hemos ido a Zaragoza, y ¡nada! Hemos ido a la plaza de Oriente, y ¡nada! Hemos preguntado a un guardia civil amigo nuestro, y ¡nada! En fin, marchamos a Barcelona a ver si estaba allí, mezclado con los intelectuales, y ¡nada, tampoco!

Decididamente, el Sr. Martínez Anido es una especie de fantasma.

■

Las elecciones generales no podrán verificarse antes de febrero o marzo del año que viene. No hay más remedio que esperar a la rectificación del Censo o bien a la confección de un Censo nuevo. De aquí a entonces pueden ocurrir muchas y raras cosas. Entre ellas que siga gobernando el general Berenguer. Suponemos que entonces no podrán cantar, como cantaba el baturro:

*Ayer me dijiste que hoy,
Hoy me dirás que mañana
Y mañana me dirás
que de lo dicho no hay nada.*



Almacén de una fábrica moderna

El paro forzoso

CARTA DE BERLIN

por F. FERNÁNDEZ ARMESTO

Berlín, marzo.

Es posible que cuando se publique esta carta hayan ocurrido sucesos que modifiquen la situación actual de la política alemana; están los hechos suspendidos sobre la cabeza del pueblo, con una inminencia inevitable. No es el arte de predecir el que me trae a comunicación con el lector, sino el de decir; por eso no me incumbe referirme a lo que va a venir, sino a lo que ya está presente. Y presente está en Alemania una grave crisis, de difícil índole; presente no en las hojas oficiales ni en el Palacio de la República, pero sí—lo que es una presencia más trágica—en la conciencia y en la voluntad del pueblo.

Más de tres millones de obreros parados—el 5 por 100 del censo de los trabajadores alemanes!—es el atroz fantasma del irreal juego que ha sido la política alemana durante los últimos años. Un pueblo, y más un pueblo de vida tensa como el alemán, tiene, sobre el fluir externo, una soterrada corriente, que es la que verdaderamente le determina el destino; la política alemana de los últimos años, política de combinación, amanerada, oportunista, atendió exclusivamente a los acontecimientos externos de su pueblo, mientras en las entrañas el pueblo se iba derruyendo. El orden, que no puede ser nunca más que un medio, convertido en fin, como si los hombres nacieran exclusivamente para ser ordenanzas y como si bajo una férula de orden los espíritus no pudieran desquiciarse. Esta entronización del orden es, además, la escamotización que ha hecho de él la burguesía, porque no hay nada que oscurezca más las cosas que su entronización.

Cuando el pueblo alemán derrumbó al Kaiser y a su sistema, lo hizo, no por un capricho, sino movido por la necesidad histórica—fatal—de cambiar su signo; cuando este signo se llama imperialismo, e imperialismo alemán, su cambio obliga a mucho. Esta obligación es la que le ha usurpado a Alemania la política. Para entender y comprender el alcance de la falta de trabajo es preciso explicarlo de un modo causal, ya que reducción del mismo a economía y a números es una ingenuidad inventada por la gran tonta de nuestra época técnica.

Carlos Liebknecht y Rosa Luxemburg eran, en el momento de la destrucción del imperialismo, las dos cabezas en las que cabía claramente la Alemania del porvenir. El fracaso del imperialismo exigía, para defender el contraste que iba a sufrir la vida alemana, una distensión de todas las posibilidades internas de Alemania, que sólo podía realizarse con la socialización. En aquel momento el programa de Liebknecht y la Luxemburg era el programa nacional; si había caído el Kaiser, era natural que cayera todo el sistema de Alemania, ya que el Kaiser no era un rey,

sino un sistema. El asesinato de los dos líderes socialistas, realizado por los últimos esbirros del imperialismo, trabucó el destino de Alemania. Primero entró la vacilación en las filas socialistas, y luego el fratricidio, abriendo los dos frentes enemigos del comunismo y el socialismo. Sin este hecho monstruoso, la vida alemana se hubiera socializado absolutamente por la vía más directa, por

la del Parlamento, ya que, como primer caso en la política universal, los partidos obreros reunían, y la vienen reuniendo desde entonces, la mayoría en los Parlamentos nacionales y en la mayor parte de los municipales. La enemistad mortal de los dos partidos obreros favoreció la creación de partidos defensores de los intereses burgueses, el partido populista—de la gran industria—y el centro—de los católicos—. Y estos partidos, nacidos a la sombra del fratricidio obrero, encaramados sobre este fratricidio, mangonean la política alemana; ellos representan en el Parlamento el contrapeso entre el partido socialista y los partidos nacionalistas, y en sus manos están, verdaderamente, los intereses de Alemania. La colaboración de los socialistas con esos partidos es penosa y deprimente para el socialismo; pero los socialistas lo prefieren todo a tener que unirse con los comunistas y socializar Alemania. Porque... y aquí está la palabra orden, entronizada.

La insinceridad de esa política informada por ideas irreconciliables, pero sobre todo por intereses más irreconciliables todavía, que ha ido conllevando artificiosamente los más graves problemas de Alemania—porque sólo conllevando los problemas era posible esa falsa coalición, ya que en cuanto se pretendiera resolver alguno, radicalmente, surgiría inmediatamente la incompatibilidad—, esa política, digo, ha producido lo que tenía que producir, un desequilibrio que ha lanzado a las calles a manifestarse en ejércitos de hambre a más de tres millones de trabajadores. Tal política ha tenido siempre para defenderse el argumento de las relaciones internacionales y la construcción del Plan Young, un perfecto y bien pensado Plan de reparaciones, con muchos artículos, todo lo bueno que se quiera; pero que Alemania no podrá pagar.

En la verdadera, auténtica y apremiante dificultad de resistir los tres millones de obreros sin trabajo, se destruirá la coalición. Pero, con la disolución del Gobierno, no se habrá resuelto la falta de trabajo; el problema continuará en pie, vivo y creciente. Alemania no puede resistir así, parados, consumiendo muertamente, más de tres millones de obreros y sus familias; no puede, porque Alemania carece de reservas financieras y su economía está ajustada a los engranajes del día como una máquina. No posee colonias ni fuerzas susceptibles de explotación; esos obreros parados ha de volvérselos a asimilar en su propia actividad. Y esto exige una actitud radical o, lo que defiende el capitalismo, un robustecimiento ilimitado de la industria privada para que crezca y absorba a los obreros parados, argumentos obtenidos de la fábula del gato y el ratón, o la que propugna el obrerismo, la absoluta socialización de la industria.

Por eso, estos son días de vispera.

DE VOLTAIRE A TROTSKI

Para conocer la vida de los grandes rebeldes, de los filósofos, de los sociólogos, de todos aquellos hombres que dejaron huella profunda en la Humanidad, nada mejor que la

Enciclopedia Espasa

La obra cumbre que todo lo abarca.

Una maravillosa biblioteca

Un Museo magnífico.

155 millones de palabras.

150.000 ilustraciones.

Compare cualquiera de sus artículos sobre temas modernos o antiguos:

**FASCIO, FREUD,
SOVIET, etc.**

con los de cualquiera obra similar.

Es la mejor prueba de su superioridad. Dentro de unos días se pone a la venta el tomo 70 y último de esta obra gigantesca.

Ahora es la ocasión propicia.

Pida condiciones de adquisición y el folleto ilustrado, en su librería o en

Espasa-Calpe, S. A.

Casa del Libro

AVENIDA PI Y MARGALL, 7

M A D R I D

DOS LIBROS

INTELECTUALIDAD Y POLITICA

por ROBERTO BLANCO TORRES

Con el respeto que me merecen todos nuestros críticos—y la memoria del que lo fué insigne, D. Eduardo Gómez de Baquero—he de expresar mi sorpresa ante el tono superficial, harto contentadizo, con que la crítica acogió el segundo tomo de *Notas de una vida*, del conde de Romanones. Fuera de dejar sentada una vez más la característica de actuación del Sr. Romanones, a quien, sólo por esa condición, se le atribuye interés a su personalidad, como si todavía anduviésemos a vueltas con una psicología de lo picaresco, ninguno de esos eximios críticos habrá servido al lector intrigante—análogamente al libro—para centrar, dentro de un orden de valoraciones, la personalidad intelectual, moral o política del Sr. Romanones. Cuando se habla de este avispado político, todo el mundo se cree relevado de tomarlo en serio en aquel aspecto en que es preciso encuadrar a todo personaje para fijar su silueta espiritual e impedir que se desvíe la opinión y se trastrueque la medida filosófica de los valores humanos. En la mayor parte de esas críticas se salió del paso, ante el suceso bibliográfico, con las obligadas alusiones a las decantadas habilidades del conde y con cuatro ironías eutrapélicas en torno a su volumen epopéyico.

La personalidad política del Sr. Romanones es bien notoria en el repertorio de curiosidades nacionales; no exige exequias laboriosas ni buceos eróticos. Pertenece a una época fantasmal, y podía decirse, desde un punto de vista de eficiencias y ponderaciones ideales, que no existe, si de alguna manera no existiese, lo que acusa un valor negativo. Es como algo que no tiene sentido en las cristalizaciones del mundo circundante y que carece de densidad y de perfil estimativo en una antología de figuras históricas. Ahora bien; a través de *Notas de una vida* y de las glosas críticas que en derredor de este libro se escribieron. ¿qué personalidad moral e intelectual, como político, hallamos o entrevemos? Esto definiría el valor del libro y el interés de la crítica. Pero se ha esquivado, rehuído lo principal, lo que pudiera sancionar espiritualmente la publicación de tales memorias. Dejemos a un lado la personalidad moral del Sr. Romanones, para contemplarlo, si la escisión no es un poco violenta, a través de su figura intelectual. Con tal significación, sin dissociarla de lo político, porque esa es su faceta más ostensible, y, además, no se concebiría lo político sin lo intelectual. ¿qué es el conde de Romanones? ¿Cuáles fueron las ideas políticas del señor Romanones cuando fué gobernante? ¿Qué ideología mantenía y propugnaba él en el Gobierno o en la oposición? ¿Qué concepto tiene de la estructura del Estado y de los problemas nacionales? ¿Qué preocupaciones de ideólogo y de estadista, qué convicciones de hombre responsable han informado su actuación como gobernante y como político? ¿Qué inquietudes doctrinales y qué anhelos normativos, constructivos, llevó a la vida pública?

Nada se sabe, si no son bagatelas y

algún que otro rasgo vulgar de pretendida ingenuidad, por su libro, el libro de un intelectual y de un político que ha sido repetidas veces jefe de Gobierno. De un intelectual que no expresa en cientos de páginas una sola idea orgánica ni una norma ideal en la vida pública, ni insinúa la menor inquietud o conocimiento de las cuestiones fundamentales del Estado, con la sola preocupación de navegar a buen recaudo y estar al paio de los sucesos con artillugios, cuquerías y listezas, propias de toda inteligencia desmedrada y de toda mentalidad ordinaria y mediocre. Ese es todo el mérito, el acontecimiento de un libro que ha dado tanto que hablar. Muy pobre y raquítica sería la vida intelectual de España si por ese suceso la juzgáramos. Tan pobre, que aún pudiera preocuparse de lo que en las actuales circunstancias piense y diga el Sr. Romanones para quien, cuando el llamamiento dictatorial a los viejos políticos hacia la Asamblea, hay todavía «firmas transcendentes»; para quien aún sobrevive ese necio tópico de la consustancialidad de la Monarquía y la nación, inconcebible depravación, no de la dialéctica de las ideas, sino simplemente de la ética. El conde de Romanones es todavía monárquico, lo cual nada tiene de extraño, porque cada uno es lo que puede ser dentro del amalgamamiento de sus limitaciones prolicuas. No hay duda de que el monarquismo reviste sus más extrañas formas y de que la pulcritud y la elegancia espiritual nada tienen que ver con la aleatoria condición pecuniosa. El Sr. Romanones no es más que un monárquico y un aventajado cazador de codornices.

* * *

En cambio, he aquí un gran libro, un libro excelente. El libro de un intelectual

y un político, el libro de un hombre. ¿Qué distancia, qué diferencia sustancial, entre *Notas de una vida*—una vida pobre, ortopédica, infecunda y *Una dictadura en la Europa del siglo XX*, de Marcelino Domingo. Allí campea la vacuidad y la futesa; aquí flamea la pasión, la noble pasión de un gran republicano, y vibra la emoción de un verdadero ciudadano. La inquietud política, en su expresión más noble y elevada, se acusa vigorosa, vehementemente vivaz en estas páginas encendidas de fervor, iluminadas por la fe y la austeridad de un ideal.

Mientras en Europa las naciones sin raigambre democrática y sin apretada unidad moral, posibilitan, tras la revulsión caótica de la guerra europea, el apetito del Poder y el caudillismo, los hombres de alto pensamiento ejercen un hondo sentido de responsabilidad, el magisterio civil, y vigilan con mirada despierta las oscilaciones políticas del presente curso histórico. En España, uno de estos hombres es Marcelino Domingo, arquetipo del ciudadano avizor, periodista político fogoso, en cuya pluma ninguna hora de Europa pasa insensiblemente y lejana, sin dejar la huella de una percusión alerta y reflexiva. A lo largo de unos cuantos años, de unos años ignominiosos, en que el debate—signo de vitalidad—en España sufre un colapso letal, revolviéndose en el imperio de un monólogo insulso y chabacano, su voz se deja oír sin interrupción, vibrante y cargada de responsabilidad, dentro de las restricciones impuestas por la barbarie en el palenque periodístico. Alguna vez esa voz nos trajo, en el desaliento de un instante de pesimismo, el recuerdo de un San Juan Bautista...

Una dictadura en la Europa del siglo XX es la concreción espiritual de esa



Manifestación de niños, hijos de los sin trabajo, en Boston

U N R E B E L D E

por OGIER PRETECEILLE

(Conclusión.)

II

En la Universidad de Nottingham conoció Lawrence a Frieda von Richthofen, hija de un ex gobernador de Alsacia-Lorena y hermana del teniente que tanta fama—de macabra índole—había de conquistar durante la guerra como asupremo de la aviación alemana. En 1914, pocos meses antes de estallar la contienda, se casaron el hijo del minero y la joven baronesa.

He dicho ya que la rebeldía de David Lawrence no era una mera actitud literaria, y que su protesta vigorosa trascendía de los límites puestos a su expresión artística. Había conocido de cerca la miseria de los esclavos de la mina, y no podía dejarle indiferente los episodios de la lucha social. Sabía los apetitos turbios que se parapetan tras las excitaciones patrióteras, y su reacción frente al crimen enorme de 1914 fué la de un hombre entero. De un hombre que ama la vida, que la contempla fluir en torno para apresarla en el sutil tejido de la novela o del poema, que también la siente latir generosa—aunque herida—en su pecho, y no puede reprimir el grito de horror y de indignación contra la matanza bestial, estúpida, pero glorificada, disfrazada de oropeles y lemas grandilocuentes.

Lawrence, enfermo, había ido en busca del clima suave de Cornwall para reponerse. Su pobreza, una vez más, no le permitía llevar la vida de reposo que exigían a la vez su salud y su obra literaria. Para poder escribir, trabajó en el campo como un simple obrero agrícola... Mas había estallado la guerra, y Lawrence no se recataba en expresar los sentimientos que le merecían los responsables del monstruoso conflicto. Antimilitarista declarado él, alemana ella, ¿a qué decir más? Los echaron de Cornwall.

La negra miseria una vez más. Tuberculoso, no tuvo necesidad de consignar su «objección de conciencia» para eludir el servicio de las armas. Pero la Policía militar le persiguió sañudamente. ¡Se sospechaba que fuera un espía! Compendio de la humana estulticia fué esa obsesión, esa pesadilla de cuatro años, durante los cuales en cada espíritu capaz de mantener un poco de serenidad e independencia de juicio se vió

actitud alerta y de esa labor intensa del ilustre demócrata. Es un libro combativo, de ideas, de orientaciones, de enseñanzas, de ataque a un régimen político cesarista que hace de la fuerza y la violencia su ley. El fascismo tiene en estas páginas una fiscalización proba, descarnada, inapelable. Y la Italia de Marzini, de Cavour y de Carducci, de Croce, de Ferrero y de Sabriola, tiene un bello homenaje y un alma profundamente devota, traspasada de amor a la libertad de los pueblos. Libro noblemente apasionado y luminoso, que nos resarcó de la frívola superficialidad y de la indigencia mental y tradicional de nuestros impenitentes políticos dinásticos.

a un espía venal. Terminada la guerra, David Lawrence marchóse de Inglaterra con su mujer, en voluntario destierro.

Quien ha vivido esa tragedia horrenda y sentido la rebelión íntima contra la hecatombe de 1914-1918, quien pertenece a esa generación «destrozada por la guerra, aunque se salvara de las granadas», y lleva ese drama impreso en todas sus fibras, tiene que sentir también por Lawrence una estimación íntima y especial. Como por un genial camarada. Una fraternidad que brota de comunes heridas incurables. Cuando tantos escritores—hasta fuera de los países azotados por el cataclismo—perdían el sentido de dirección, quedaban sordos a su imperativo humano, para sumirse gregariamente en la corriente vesánica, Lawrence alzó la frente y alzó la voz. Que conste; porque fueron pocos.

Mientras tanto, en 1915 salía su novela *Arco Iris*. La crítica fué unánime: se confirmaba la potencia de un escritor de primera línea. Luis Untermayer, el poeta norteamericano, dijo de *Rainbow* que era «la novela más poética y penetrante que se había publicado en diez años». La Policía inglesa, empero, recogió y destruyó la edición. El golpe, añadido a las luchas a que antes aludimos, fué duro para Lawrence. Durante cuatro años no volvió a escribir una línea.

Salido—según dijimos—de Inglaterra con su esposa, Lawrence viajó unos meses y se instaló con ella en un rancho de Nueva Méjico, cerca de Santa Fe, «en una casa de adobes, medio desmoronada». Allí escribió *Mañanas de México* y *La serpiente con plumas*.

A estos siguieron en unos pocos años diez o doce libros, entre novelas—la mayor parte—y poesías. Cada nueva obra era un éxito más, que producía sensación en los círculos literarios e indignación en los círculos oficiales. El entonces ministro conservador de la Gobernación en la Gran Bretaña, sir William Joynson Hicks—el famoso, pintoresco, vehemente y reaccionario *Jix*, hoy lord Brentford—, era uno de los más ardientes enemigos del escritor. Lo manifestó arrogándose atribuciones de censor contra sus obras. Viviendo Lawrence en Florencia—ciudad en que residió dos años, y donde su mujer cayó gravemente enferma—publicó (1928) una de sus más celebradas novelas: *El amante de lady Chatterly*. Si el amante de la aristocrática dama hubiera sido, según es costumbre en las obras de ficción y fuera de ellas, un caballero de su rango, ¿quién sabe? Pero resultaba ser, en ese «relato desvergonzado», su guardabosque. No había derecho, francamente. El libro fué prohibido en Inglaterra, y Lawrence hubo de imprimir una edición particular en Francia.

David Lawrence dibujaba y pintaba, además, y el año pasado quiso exponer una colección de sus originales creaciones en las Galerías Warren, de Londres. La pudibundez policíaca sintióse nuevamente enfurecida; trece lienzos hubieron de ser arrancados de las paredes, como «impropios para la exhibición en

público», y un buen número de álbums conteniendo reproducciones de las obras pecaminosas fueron confiscados.

Se ha dicho que Lawrence padecía, como Strindberg, la obsesión sexual. De la morbosidad triste, negruzca, amarga, del escritor sueco, a la pugna evidente de Lawrence para sacar a luz las fuerzas, los impulsos más hondos del hombre y su plena, libre animalidad, yo veo una gran distancia. La obsesión existe. Discutir aquí sus probables causas y su forma de expresión nos arrastraría más allá de los límites de este artículo.

En una de las últimas páginas escritas por Lawrence, un vigoroso prefacio para el tremendo libro de Dahlberg, *Bottom Dogs*, hallo una síntesis clara y concisa de su pensamiento respecto a la actitud del hombre ante la indomable, impasible, indiferente Naturaleza. Y también a la actitud del hombre de hoy frente a los demás hombres, una vez rotos por la vida moderna los viejos lazos de solidaridad elemental, de tribu y de clan, que los unieron. La propia reacción de Lawrence, pareja con la de otros escritores de su tiempo—Aldous Huxley, entre otros—no es ciertamente optimista ni del tipo usado por los predicadores—cívicos o religiosos—. Tiene inequívoco sabor de ceniza. Pero, ¿ganamos algo con engañarnos? La gran superioridad de ese individualismo cruelmente sincero es su labor de asepsia. Necesaria. Estamos en días de hondas transformaciones del conglomerado social; conviene tener la franqueza de mirarnos por dentro. Hallaremos esa realidad sexual que domina la obra de Lawrence; y otras muchas cosas que deben ser tenidas en cuenta para todo intento de reconstrucción colectiva. Esas cosas son las que también ha hurgado D. H. Lawrence en sus novelas y sacado a la superficie.

Cómo ese cuerpo, minado por la tuberculosis, por tempranas y repetidas privaciones, ha podido resistir tantos años de lucha y de intensa producción artística, sólo la extraordinaria vitalidad de su «llama interior» puede explicarlo. Alto, desgarrado, hundido el pecho, de pelo enmarañado y barba rojiza, Lawrence era una figura excepcional hasta en el aspecto físico. ¡Qué lejos de la suave belleza de Shelley! Su genio creador era asimismo febril y errático. Después de viajar durante seis meses sin trazar una línea, era capaz de sentarse a escribir y terminar una novela en seis semanas.

Deja publicados 21 libros y tres en manos de los editores. Sus tres mejores obras—según su propia opinión, compartida por muchos críticos—son *Sons and Lovers*, *Women in Love* y *Lady Chatterly's Lover*. Señalan el punto culminante en cada una de las tres etapas de su producción. Se advertirá que en el título de las tres vuelve, como un «leit-motiv» el vocablo *love*. No es mera casualidad; es más bien el símbolo que sintetiza su impulso dominante.

LA REUNION DE INTELLECTUALES CATALANES

No queremos actuar de aguafiestas, y deseamos que cuantos lean nuestros comentarios acerca de los actos de Barcelona le den el mismo sentido de claridad con que lo escribimos. En primer término, necesitamos expresar nuestra adhesión sin reservas a Cataluña, cuya personalidad inconfundible dentro del Estado español representa una de las fuerzas más positivas de la vida nacional. La desastrosa política española, antes de la dictadura y en la dictadura, no logró darse cuenta de las razones que asistían al pueblo catalán para plantear su problema con decisión. Con la decisión de quien siente imperiosos estímulos vitales, en pugna con una política centralista y caciquil, absorbente y fanática (fanática de todos los tópicos tradicionales).

Consecuencia de esto fué la creación en el ambiente español de una supuesta antinomia entre Cataluña y el resto de España. La dictadura, que resucitó todo lo castizo, que galvanizó el concepto cavernario del patriotismo, pensó que gobernar a Cataluña era suprimir todas las expresiones de su carácter y de su historia, ahogar su idioma, que es uno de los más ilustres de la Península, e imponer a la vida catalana las normas de la servidumbre civil, como se las impuso, de un modo u otro, a España entera. En realidad, la dictadura no inventaba estos métodos; los extremaba nada más. Porque ellos estaban en el programa simplista de muchos derechistas del antiguo régimen, que para el problema catalán y para otros problemas, preconizaban la expeditiva política del palo. En realidad, si no se ha resuelto el problema catalán es porque las derechas, que gobernaron siempre, no han sabido resolverlo.

En estas circunstancias, cuando de todos los ámbitos de España se reclama una renovación política y se juzga la caída de la dictadura como el principio de sistemas diferentes para regir la vida pública, se celebra la excursión de los intelectuales «castellanos» a Barcelona. El pretexto es el reconocimiento de la libertad del idioma catalán sofocado por la dictadura.

Esto está muy bien, en principio. Pero ya no está tan bien en las conclusiones. Para nosotros, la mayoría de los intelectuales que allí concurren poseen los mayores merecimientos y los más altos respetos. Claro que no dejamos de señalar la dificultad que supone hacer una selección de intelectuales. Es imposible, en cuestiones del intelecto, establecer una escala de jerarquías y representaciones. En este caso, a la gallarda voz de «Azorín», que hizo rectificar la exclusión de algunos escritores jóvenes, podrían juntarse otras igualmente razonables. De todas maneras, no es ahí donde estriba el error que ha presidido, a nuestro juicio, los

actos de Barcelona. Es en su fin mismo y en la heterogeneidad de los reunidos.

En este momento de España, los intelectuales «políticos»—lo eran la mayoría de los que concurren—no podían reducir su adhesión a Cataluña, a una adhesión sentimental a la lengua catalana, bien vista por el Gobierno Berenguer y las autoridades. Porque la dictadura, al perseguir aquel idioma, lo perseguía como elemento de expansión política y, por lo tanto, no hacía más que cumplir una parte de su programa, específicamente derechista. No se trata, pues, de una pura cuestión lingüístico-literaria, que en último término podía manifestarse en una sesión o velada académica, donde se hiciesen sutiles consideraciones idiomáticas. Se trata del problema catalán, del problema político catalán, sobre el cual no pueden pensar igual, precisamente por intelectuales, el monárquico constitucional señor Ossorio y Gallardo, el republicano radical Sr. Albornoz, el republicano federal D. Luis de Tapia, el extremista señor Balbontín o los ex colaboradores de la dictadura Sres. Sangroniz o Borrás.

Es notorio, pues, que los intelectuales «castellanos» en la presente cuarema política han promiscuado ideológicamente durante dos o tres días. Lo cual no es un gran delito, claro está. Porque después del breve contacto con la Lliga, los republicanos seguirán tan republicanos como antes, y los monárquicos no habrán ganado nada después de almorzar con el Sr. Rovira Virgili. Eso nos fuerza a señalar la inutilidad esencial de los actos de Barcelona con relación al problema catalán.

Y esto es tanto más lamentable cuanto que no son los presentes momentos los más apropiados para la fraternidad política. Los intelectuales «castellanos» le han ido a dar por un momento la razón a Cambó, el taumaturgo de los conservadores, cuando no hace mucho hablaba de la necesidad de que se borrasen las divisiones de izquierdas y derechas. Nosotros creemos que el problema catalán es un problema de izquierdas y derechas precisamente. Porque las izquierdas, reconociendo la personalidad de Cataluña en un Estado auténticamente democrático y federativo, son las únicas que pueden resolverlo frente a las aspiraciones de la Lliga y de los monárquicos unitarios.

Las palabras de Ortega y Gasset en el banquete fueron bien explícitas: «Todo acto intelectual es un acto político. Por eso hemos de lamentar que la política haya salido de allí tan malparada, ahora que el deber de todos los hombres representativos es hacer política de acción y de ataque, sin debilitarse en la transigencia y el confusionismo.

Tampoco olvidamos que en Cataluña existen dos fuerzas en pugna, de cuya realidad no se puede prescindir en mo-

mento alguno: la fuerza plutocrática y la obrerista. Con los plutócratas que han colaborado con la dictadura, aunque hablen catalán, no pueden estar las nuevas izquierdas españolas. En cambio, sí deben estarlo con la perseguida masa catalana, por mal que le parezca a la plutocracia regionalista.

No hemos de terminar sin señalar el peligro que representa toda centralización, aun en materia intelectual. Castilla no representa a toda España. Y los intelectuales que escriben en castellano no son sólo los de Madrid. A continuación publicamos dos cartas, una de Valencia y otra de Galicia, que vienen a darnos la razón.

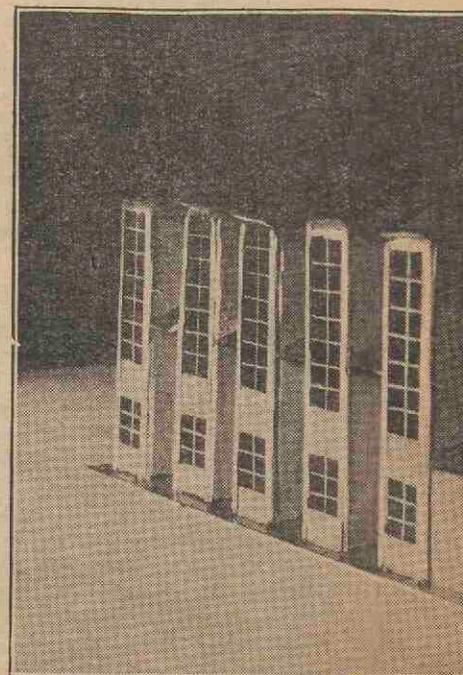
«Sr. D. Juan Chabás.

Mi querido amigo:

Se reúnen ustedes hoy, en Barcelona, castellanos y catalanes, teniendo por pretexto las gracias que los catalanes deben a los castellanos por una protesta en tiempo de la dictadura. La mayoría de los concurrentes son amigos míos. Me alegra, naturalmente, esta convivencia momentánea. Lo que no puedo aceptar, de ninguna manera, es el motivo pueril de esta exhibición. Esta protesta, hoy tan ensalzada, es, supongo, reacción naturalísima de cualquier persona civilizada, y, como decía, motivo insuficiente para esta manifestación híbrida.

Dejando, naturalmente, aparte la esencia del problema de Cataluña, que no debe resolverse en un estado de cosas como el actual, sino únicamente en

EDIFICACIONES NUEVAS



Modelo de una estación de «skis» que

BARCELONA CATALANES Y CASTELLANOS

una República federal, federalismo que por amplio que sea, nunca me asustará. Inútil repetirle mi personal devoción por la mayoría de los reunidos, invitados y anfitriones.
Siempre suyo,

MAX AUB

«Sres. Directores de NUEVA ESPAÑA.

Muy señores nuestros:

Una vez leídos los diarios madrileños, en los que se comenta la confraternidad castellanocatalana, y visto que en dicho acto D. Eugenio Montes habló en nombre de una juventud galaica, nos interesa hacer constar lo siguiente:

Que los abajo firmantes—gentes que representamos un máximo sector de la intelectualidad gallega—no hemos cedido ninguna representación a dicho señor.

Porque nuestra actuación, nuestra ideología, están alargadamente distanciadas de las del Sr. Montes.

Porque en una fiesta de cordialidad reducida a las citadas regiones, entendemos como una intromisión representaciones no solicitadas, aunque cortésmente consentidas.

Reconocida la independencia de NUEVA ESPAÑA, les rogamos, señores directores, den publicidad a estas líneas.

Jesús Bal, Ben-chó-shey, Roberto Blanco Torres, Luis Bouza Brey, José María Díaz, Rafael Dieste, Enrique Fernández Sendón, Manuel Fernández Sendón, Adolfo Gallego, Leoncio Jaso, Carlos Maside, Cándido Fernández Mazas,

Emilio Mosteiro, José Otero Espasandín, Luis Pozas, Celestino Pozas, Eduardo Rodríguez, Ramón Rodríguez Somo-

za, Juan Rof Carballo, Domingo G. Sabella, Amando Suárez Couto, Salvador Velayos, Clemente Zapata.»

EL PROXIMO ORIENTE

LA CRISIS ECONOMICA DE TURQUIA

por ANDRE ALESSANDRI

Desde hace algunos meses se desarrolla en grado agudo una crisis económica y financiera en Turquía, con grave repercusión en toda la economía del Próximo Oriente. La anormalidad de la situación ha hecho intervenir al Gobierno por todos los medios.

Las causas de la crisis, que hoy se manifiesta con gran intensidad, son antiguas y bastante complicadas. Esta crisis afecta particularmente a Estambul, en tanto que es centro de la vida económica y financiera del país.

Turquía ha sido uno de los países más afectados por la guerra mundial. Ha sufrido una desmembración muy semejante a la experimentada por el antiguo imperio austro-húngaro. El principal sucesor del Imperio otomano es la Turquía de hoy, que, al revés de lo que le ocurre a Austria, conserva un territorio grande y rico, para mantener el cual la nación sufrió una lucha, victoriosa, pero agotadora. Los sucesos de la Anatolia originaron, entre otras cosas, un éxodo de la población, que abandonó la agricultura, una de las principales riquezas. Roto el equilibrio entre la exportación y la importación, y producida la crisis, el Gobierno procederá a la aplicación de un vasto plan de reconstitución, a base de obras públicas, aumento de líneas férreas, fabricaciones, etc., cosas de evidente utilidad, mas bien pronto interrumpidas por la situación especial del país.

La desproporción entre la exportación y la importación, la adquisición de divisas extranjeras por el Gobierno para atender a la provisión de material ferroviario y las especulaciones particulares, han contribuido a hacer bajar la libra turca de una manera alarmante.

A la par, la libra turca (100 piastras) valía la libra inglesa. En 1918, la libra esterlina valía 260 piastras. En 1920 valía 370. En 1928, 850. Hacia el fin de 1929, por bruscos saltos, avanzó hasta valer 1.140. Hoy, a consecuencia de las rigurosas medidas tomadas por el Gobierno turco, la libra esterlina y la libra turca se estabilizan a 1.040 piastras. El Gobierno turco trata de obtener amplios poderes de la Asamblea Nacional de Angora para luchar contra la depreciación de la moneda. El Gobierno estima que no hay ninguna razón para que ocurran estos hechos y que, por lo tanto, la causa de ellos son maniobras

especulativas que es necesario esclarecer y castigar. En Turquía, a decir verdad, no hay inflación. En la Asamblea Nacional ha dicho el jefe del Gobierno que se ha podido comprobar técnicamente que no existen factores nacionales profundos para las irregularidades financieras que sufre el país, a pesar de lo cual la moneda continúa bajando.

Por su parte, el ministro de Finanzas ha sido más explícito. Afirma que si la crisis sigue en auge después de haber desaparecido los motivos profundos que hubo en otro tiempo, se debe pensar que obedece a la influencia de fuerzas que quieren atacar a la nación turca en el dominio económico, ya que no pueden actuar contra la independencia que ha sabido conquistar en el orden político y judicial. Existen, pues, fuerzas y otros factores contra los cuales la lucha es imposible, defendiéndose con simples medidas de policía económica. «Es necesario—ha terminado el ministro—aplicar medidas administrativas dentro del país y otras equilibradoras de la presión internacional.»

En los medios políticos turcos se hace observar que la crisis es el resultado, entre otras causas, a la acción de determinadas maniobras extranjeras. El negocio extranjero, que domina el mercado, procura dificultar y hacer fracasar cuantas precauciones restrictivas tome el Gobierno turco. Añaden que, después del Tratado de Lausanne, Turquía ha sido puesta en el índice del mercado financiero mundial y que desde la promulgación de aquel texto, que los aliados firmaron con repugnancia, Turquía no encuentra el menor crédito en el Extranjero.

En suma, la gran nación del Próximo Oriente europeo se ve obligada a vivir en estos tiempos difíciles y a luchar contra los enemigos del exterior; con sus propios medios. La producción y la industria nacional intentan heroicamente desarrollarse, realizando notables progresos. Se proyecta la organización de un nuevo régimen aduanero y la restauración del Banco del Estado, la revisión económica de todos los servicios y otras medidas encaminadas a salvar las existencias económicas de Turquía, y con ella los intereses de una gran parte del Oriente europeo, cuyo proletariado despierta a una vida que necesita alentarse.

Estambul, marzo.

EN LA RUSIA SOVIETICA



se construirá próximamente en Moscú

Los libros de la guerra en Francia

por MARC BERNARD (Crítico literario de "Monde")

Una nueva ola, no diré de entusiasmo, pero sí de interés, se dirige actualmente en Francia sobre los libros de la guerra.

Yo creo que nunca, incluso en la época heroica, en que un Jurado designaba a la atención general *Le Feu*, de Henri Barbusse, las discusiones sobre las obras originadas por la guerra han nutrido tanto como ahora la actualidad literaria. *Al l'Ouest rien de Nouveau* y *Classe 22*, son el origen de este movimiento. Mientras los relatos de Fritz von Unruh, con *Verdún*, y de Andrés Latzko, con *Les hommes en guerre*, caían en la indiferencia completa, he aquí que dos libros alemanes levantan en Francia un interés apasionado, una curiosidad general y un desencadenamiento de polémicas, discusiones y controversias que no parecen acabarse nunca.

La réplica de Mr. Norton Cru, puntualizadora del valor documental de estos testimonios sobre el conflicto de los años 14-18, ha echado leña al fuego. Barbusse, Dorgelés, Jolinon, León Werth, atacados por el profesor americano, entre varias docenas de otros escritores, han respondido en diversos periódicos.

Por otra parte, Maurice Constantin-Weyer, laureado con el Premio Goncourt 1928, acaba de darnos el diario de campaña de un oficial francés, *P. C. de Compagnie*; Joseph Jolinon acaba de escribir *Les Revenants dans la Boutique*, continuación de su *Valet de Gloire*, que era una viva sátira de la situación miserable en que se encontraban muchos antiguos combatientes, después de la guerra. Estos dos libros significan los dos polos diametralmente opuestos desde todos los puntos de vista. Constantin-Weyer exalta la disciplina, el espíritu de sacrificio, el valor individual, sin consagrar una sola línea a manifestar su juicio sobre la guerra, sin proponer el menor remedio, aceptando la idea de próximos conflictos como un fenómeno natural, inevitable, contra el cual sería inútil luchar.

Joseph Jolinon ha vuelto de la guerra completamente exasperado por tantos sufrimientos inútiles; no desconfía de sus antiguos camaradas de trinchera. *Les Revenants dans la Boutique* es la evocación de una próxima guerra. Jolinon se pregunta cuál sería la actitud de los antiguos combatientes si la catástrofe abatiese de nuevo sobre los hombres. Las conclusiones son bastante pesimistas. Lo mejor y lo peor se mezclan en el libro entre una gran confusión de ideas, algunas de profundo desarrollo, que hacen marchar al autor de una manera incierta, en zig-zag. Apenas propone Jolinon el menor remedio al mostrar, sin embargo, el lado negativo. No apovándose más que en lo sentimental, su libro da una impresión caótica y, por decirlo así, de fracaso. Cualquiera que sea la ferocidad que lo inspira, por elevados que sean los fines que se propone, todo parece finalmente reducirse a una narración literaria.

Pero una cosa indica esta novela, que manifiesta, en la mera oleada de interés por la literatura belicista, las razones

profundas que recrudecen este apasionamiento. ¿Cómo es que después de diez años de calma, después de *Le Feu* y *Les Croix de Bois*, para no citar más que los libros que obtuvieron grandes tiradas, ha renacido de tal manera la afición a esta clase de libros? Antes, la opinión pública, en Francia, parecía aburrirse con estas «especies de historias», a las que encontraban fastidiosas también las nuevas generaciones y que hacían levantar los brazos al cielo a los editores cuando alguien les ofrecía un manuscrito sobre la guerra.

Entre las diversas razones que pueden aducirse, y en las cuales hay que reconocer estrechamente unidos el azar y la realidad, es preciso destacar el prodigioso éxito del libro de Remarque.

El libro de von Unruh, decepcionó; había en esta obra una parte de lirismo que alejaba la realidad. Lo fantástico de Latzko asombró y despistó a los lectores franceses. *Sin novedad en el frente*, escrito en un estilo realista, simplemente construido, fácil de leer, reunía cualidades y defectos propios para conmover al gran público. La curiosidad que existía latente en Francia sobre los testimonios alemanes de la guerra estaban insatisfechos y alejados de su cauce por una desconfianza que diez años de política de aproximación aconsejada por intereses superiores desvanecía lentamente, encontró, al fin, en esta obra, el alimento que necesitaba. El gran público, intrigado con habilidad por una intensa propaganda, se lanzó sobre *Sin novedad en el frente* con una voracidad reprimida durante diez años. En las fábricas, en los salones, en las oficinas, el libro de Remarque penetraba, se arraigaba, levantaba apasionadas discusiones.

El camino estaba abierto. *Classe 22* podía venir, su público lo esperaba. Los editores franceses, deslumbrados por el éxito de la obra de Remarque, se pusieron a buscar manuscritos que trataran de la guerra con la misma actividad que antes habían puesto para rechazarlos. La multitud de escritores ex combatientes—y Dios sabe cuán numerosos son en Francia—se lanzaron a escribir libros de asuntos guerreros, estimulados por los críticos, entusiasmados de encontrar motivos de actualidad para dar consistencia a sus triviales artículos. Declarada la ofensiva, quedaron invadidos los diarios y amortajadas las revistas bajo la prosa de cuantos escritores pretendían estar en posesión de alguna luz nueva sobre la materia. Se combatía en todo el frente literario. El libro de Norton Cru llegó a colmar el tumulto. Todos los escritores atacados por él se agitaron como demonios. Los críticos, entre mil tonterías, emitieron algunas veces ideas que no carecían de sentido común. Y argumentaban que era necesaria una ojeada al pasado para poder hablar de estas cosas. Pero las causas profundas de la necesidad de esa ojeada al pasado son tan realistas y hondas que los críticos, víctimas por lo general de una terrible miopía, son incapaces de ver claramente. Sin embargo, es evidente a los ojos de los menos informados de cuestiones económicas, que era indispensable despejar

la atmósfera pública de las ponzoñas que a uno y otro lado del Rhin había vertido una campaña de mentiras y calumnias. La aproximación francoalemana, que obedecía a duras necesidades económicas, seguida durante diez años bajo formas abiertas o disfrazadas, ha preparado a los espíritus a acoger con viva curiosidad, si no con simpatía, estos intercambios intelectuales. Lo que hubiera sido una quimera en 1919 aparecía como una cosa posible, ineludible, en 1929. En suma, la iniciativa de este movimiento intercultural se remonta a Stresemann y Briand y, por encima de sus cabezas, a los hombres que les obligaron a actuar en un sentido determinado por finalidades puramente prácticas. Nuestros críticos literarios, deseosos de justificar, de explicar por motivos psicológicos fenómenos que tienen sus bases profundas en la realidad más brutal, se pusieron a hablar de la vuelta al pasado como algo indispensable para ver claro en uno mismo, para agotar el recuerdo, etcétera, etc., y lo más curioso es que dentro de esta teoría hay una parte de verdad.

Los escritores que trataron de la guerra se esforzaron, desde luego, en sacar conclusiones. Acabaron por comprender, si no todos, al menos los más vitales y representativos, que no podían estancarse eternamente en el pequeño juego literario de contar combates con o sin bayonetas y ataques con granadas de mano. Lo que Barbusse había hecho en 1917, en los últimos capítulos de *El fuego* y en esa época, produjo escándalo, esto es, salir de lo puramente documental para elevarse hasta puntos de vista generales que entrañasen una adhesión o una reprobación; he aquí lo que intentaron otros después. Drien la Rochelle ha sido uno de los primeros en aventurarse por este camino. Casi inmediatamente después, *Interrogation*, su bella colección de poemas de la guerra, buscó evadirse de la pura descripción literaria para alcanzar las alturas desde donde podían establecerse argumentaciones generales. Más tarde, otros han imitado a estos precursores.

Joseph Jolinon, por otra parte, en su último libro, presenta un problema que no deja de ser interesante. Se pregunta si existe un espíritu «antiguo combatiente». Se pregunta: «El recuerdo de los cuatro años pasados en las trincheras, cuarenta y ocho meses de duros sufrimientos, ¿son bastante motivo para sellar entre los hombres que han vivido estas terribles pruebas alianzas indestructibles, para unirlos en un solo bloque, para empujarlos a actuar juntos, para darles puntos de vista particulares sobre la vida en general e inspirarles la medicina adecuada a los males que sufre nuestra época?»

El curso de los hechos había ya respondido a estas preguntas. Bastaba pasar revista a las diversas asociaciones que agrupan a los antiguos combatientes de Francia y de fuera de Francia, proponiéndoles a cada uno diversos cuestionarios recayentes al mismo fin, para darse cuenta bien pronto de que aquella cohesión no existía. Lo contrario hubie-

Tiranía locuaz

Los diez discursos de Cromwell

por Emilio Palomo

Toda tiranía, grandiosa o deleznable, que padecen los pueblos, es apellidada por los tiranos salvadora. Ningún déspota ha olvidado al iniciar su monólogo —las tiranías no pueden vivir con el diálogo— decir a su pueblo: «Vengo a salvarte». Y cuando, a través de los años, el monólogo, perdido en el vacío, ha dejado de sentirse, se ha percibido el ruido estrepitoso que producía el hundimiento total de lo que la tiranía pretendió salvar. En ese aspecto, toda tiranía es fecunda; ella exalta la conciencia allí donde existe y la crea en donde aún no tiene existencia. En cierto modo, son los regímenes bárbaros y opresores la raíz en la que se nutren esos impulsos heroicos que de tiempo en tiempo transforman la vida de los pueblos.

Los hombres de este tiempos hemos visto renacer en Europa el fenómeno de las tiranías y vamos viendo también cómo declina y se hunde la fuerza que las ha alimentado. ¿Y qué queda de ellas? ¿Queda algo más que un gesto estéril de cesarismos tardíos? ¿Legan algo que no sean vanas palabras, sombras de sueños, voces perturbadoras de locos? Es imposible armonizar en el mundo de hoy la voz de un tirano y el silencio de millones de conciencias. No fué posible tampoco en el mundo de ayer. Un ejemplo luminoso es Cromwell, que, aun derribando una tiranía, no hizo ejemplar su obra por caer en otra tiranía idéntica. No quería Carlos I que Inglaterra tuviera Cortes; pero Cromwell, que las quería, no dejaba que en ellas se alzara más voz que la suya ni más fuerza que la que él detentaba.

En los diez discursos que el «protector» de Inglaterra dirigió a los diversos Parlamentos del interregno puede estudiarse, mejor que en parte alguna, la psicología de aquel tirano, que viene siendo, a través de la Historia, ejemplo de ferocidad, y que, no obstante, no obedeció nunca a otros estímulos que no fue-

ra sido asombroso. Un soldado desmovilizado abandona la existencia artificial que junta a los hombres por regimientos, por cuerpos de ejército, para volver a su carreta, a su fábrica, a su oficina, y vuelve a caer bajo el yugo de las leyes eternas que rigen las relaciones humanas. La guerra no será bien pronto para él más que una aventura, extraordinaria, sin duda, mas estrictamente accidental. Sólo algunos intereses de pensiones, indemnizaciones, etc., pueden ligarle por más o menos tiempo a aquélla. Pero de esto a poseer una especie de filosofía particular, original, hay un abismo que todas las camaraderías del Mundo, sean las que fueren las circunstancias en que nacieron, son incapaces de salvar.

Nosotros aguardamos el momento, muy cercano, en que los escritores antiguos combatientes, obligados a afrontar la realidad y en vista de la discordia que reina en su campo, lleno de voces discordantes, propondrán diversas soluciones contra la guerra, a falta de los duros y únicos remedios eficaces.

ran los dimanantes de su loco fanatismo.

La misma muerte del rey Carlos, por su sentencia, deja en aquella revolución la huella de un furor fanático que, aun a través de los siglos, impresiona y conmueve. Mientras Carlos I, en su cárcel, y el Parlamento, en la emoción de sus debates, pasan meses y meses en negociaciones, Cromwell y sus oficiales se congregan en Windsor para implorar, en exaltadas oraciones y con lágrimas en los ojos, la gracia que de su Dios esperaban para que fuera justa su deliberación. Y cuando creyeron sentir la señal de esta gracia en la conciencia, el «protector» dijo:

«Porque no habrá paz ni sosiego alguno en la nación, ni seguridad para los «santos»; mientras pueda ser el príncipe, siquiera sea encerrado en estrecha cárcel, instrumento, móvil o pretexto de negociaciones, secreta esperanza de ambiciosos y objeto de lástima o simpatía de los pueblos.»

Se advierte en los diez discursos de Cromwell las sinuosidades de un espí-

JAVIER MORATA

HA PUBLICADO:

- Villanueva: **EL MOMENTO CONSTITUCIONAL** 5 pesetas.
- Villanueva: **¿QUÉ HA PASADO AQUÍ?** 5 pesetas.
- Vital Aza: **FEMINISMO Y SEXO** 4 pesetas.
- Contts: **EL DESEO DE MATAR Y EL INSTINTO SEXUAL** 4 pesetas.
- Barcia Goyanes: **LA VIDA, EL SEXO Y LA HERENCIA** 8 pesetas.
- Feyjoó: **LOS HOMBRES DE VIDRIO** 4 pesetas.
- López Ureña: **EL MISTERIO DE LA VIDA** 6 pesetas.
- Gabriel Maury: **AL SERVICIO DE LA HISTORIA. - Bosquejo Histórico de la Dictadura.** 5 pesetas.
- Polo Flayo: **EL GRAN ESCLAVO - EL MÉDICO** 5 pesetas.
- Torrubiano: **EL DIVORCIO VINCULAR Y EL DOGMA CATÓLICO** 7,50 pesetas.
- Pla: **LA MISIÓN INTERNACIONAL DE LA RAZA HISPÁNICA** pesetas.
- Rosa de Luna: **ABERRACIONES PSÍQUICAS DEL SEXO** 10 pesetas.
- Valdés Lamban: **TUBERCULOSOS Y NO TUBERCULOSOS** 5 pesetas.
- Ruiz-Tunes: **ENDOCRINOLOGIA Y CRIMINALIDAD** 15 pesetas.
- Torrubiano: **BEATERIA Y RELIGIÓN** 5 pesetas.
- Novoa Santos: **EL INSTINTO DE LA MUERTE** 4 pesetas.

EN TODAS LAS LIBRERÍAS DE ESPAÑA Y AMÉRICA

ritu atormentado. A pesar de su fanatismo, tenía conciencia el «protector» de que no hay tiranía admisible y de que el pueblo, en cuanto se cerciora de que las armas y el Poder están en manos de un hombre injusto, empieza a sentir la angustia de prontas y terribles amenazas, por lo que, en público o en secreto, lucha por derribar la tiranía.

Cuando hablaba realizaba esfuerzos supremos, a veces humillantes, para que le fuera perdonado el sitio que ocupaba y la autoridad que en sí había concentrado. Se adivina en sus palabras la amargura de quien se ha creído un super-dios ante un pueblo ya muerto y de pronto advierte su pequeñez, proclamada por el anhelo de ese mismo pueblo de ser libre y de quitarse obstáculos. Cromwell pasó por la tragedia por que han pasado todos los dominadores, y que estriba en la ceguera que en el tirano pone la posesión de la fuerza. Como es esa su única razón, la esgrimirá siempre contra todo movimiento, aunque él nazca en la misma entraña de la justicia.

Hubo en la Historia tiranos que, comenzando su tiranía cuando ella era aparentemente un bien, nublaron su clarividencia cuando más precisaban para huir de las tinieblas que a su alrededor crearon. Y es que quien cae en la tiranía, máximo vicio de la fuerza, envilece su conciencia y ya no sabe salir de ella.

La vida de Cromwell estuvo en consonancia con sus palabras de tirano, y, durante muchos años, extremó sus cuidados ante temores de atentados públicos. Así, bajo el vestido llevaba siempre una cota de mallas; iba provisto de armas; con frecuencia mudaba de lecho para burlar las traiciones que en su servidumbre adivinaba; los odios, en suma, que con sus procedimientos de gobierno había despertado, le pesaban tanto y tan dilatados los presentía en la nación, que cualquier actitud de protesta se le antojaba imponente rebelión de sus soldados, en quien no veía sino enemigos.

Se han dicho de estos discursos de Cromwell estas reveladoras y justas palabras: «Duraban sus discursos horas enteras; pero si su sentido es apenas perceptible, hay algo en ellos que hace pensar en Tiberio y en Mahoma, en el soldado, en el tirano, en el patriota, en el sacerdote y en el loco juntamente, pues son el resultado de la inspiración laboriosa de un alma triple, que no ve por dónde va y busca su propio pensamiento a tientas, encontrándolo, perdiéndolo y volviendo a encontrarlo, y que deja entretanto fluctuar hasta la desesperación a su auditorio entre opuestos movimientos de piedad, de terror y de fastidio. Y esto es así porque, cuando el lenguaje de la tiranía no es conciso como la voluntad, es ridículo, y porque cuando la fuerza pretende que los hombres adivinen cuyos son sus pen-

Lea usted NUEVA ESPAÑA

samientos o discurre a presencia de senadores vendidos o de ciudadanos esclavos, tropieza siempre y se enreda en los sofismas, o remonta el vuelo hasta las nubes o se arrastra en la trivialidad: que la única elocuencia de la tiranía es el silencio, porque no consiente réplica.»

MUEBLES

E INSTALACIONES

MODERNOS

La única casa

en España que

realiza las más

atrevidas con-

cepciones ■ ■

Muebles según

los últimos

modelos ale-

manes ■ ■ ■

**Si usted quiere un proyecto de instalación no
tiene más que llamar al teléfono núm. 74327**

SANTOS Y LUQUE

Calle de José María Roquero, 4

M A D R I D

OBRERISMO EL DETERMINISMO ECONÓMICO

por ISIDORO ACEVEDO

Sobre el campo marxista, y a veces con propósitos de crítica literaria, quieren volar como águilas caudales unos pobres gorriones de alas inciertas y saltitos cortos. Faltos del conocimiento necesario para interpretar fielmente la doctrina, pero sobrados de audacia y pedantería, llegan a afirmar, envolviendo su inconsciencia en un ropaje que pretende ser literario, que los marxistas estamos dominados por un grosero materialismo. Es así como interpretan esos gorriones la teoría más genial de Marx—la del determinismo económico o concepción materialista de la Historia—y el pensamiento de los que seguimos al autor de *El capital*.

Expongamos primero, esquemáticamente, la doctrina del maestro. Expongamos después, esquemáticamente también, nuestro pensamiento ante esa doctrina.

Es en el prefacio de su *Crítica de la Economía Política* donde Marx desarrolla su teoría del determinismo económico. Como fundamento de ella establece que el régimen de producción de la vida material condiciona «de un modo general»—no de un modo *absoluto*, como afirman, por desconocimiento, los falsos interpretadores de la doctrina marxista—, el proceso de la vida social, política e intelectual. Por tanto, la conciencia del hombre no forja estos valores, sino más bien es forjada por ellos. El hombre, por esto mismo, se ve envuelto en un conjunto de relaciones materiales independientemente de su voluntad.

Este conjunto de relaciones materiales es lo que constituye la estructura económica de la sociedad, que determina, a su vez, una superestructura política, jurídica y moral. Es decir, que a cada forma dada de producción corresponde una categoría de valores morales, jurídicos y políticos derivados de ella y en íntima conexión con su naturaleza económica. Así explica Marx el movimiento de la Historia, haciendo depender cada período de ésta de la base económica en que se asienta. Es el factor económico—«de un modo general», repetámoslo— el que rige los demás factores de la sociedad.

En sus primeros estudios económicos, Carlos Marx fué un idealista. De Hegel recibió las más fuertes influencias y la herencia de su formidable dialéctica. Con Proudhon dió también algunos pasos; con Proudhon, al que más tarde había de fustigar con su *Miseria de la Filosofía*, réplica implacable, nutrida de profunda doctrina, a la *Filosofía de la miseria*, del padre espiritual del anarquismo. Pero el idealismo de sus primeros tiempos fué desvaneciéndose en su mente a medida que escudriñaba en el fondo de la Historia para descubrir la naturaleza de sus hechos más trascendentales. Especulando en la materia viva, halló en ella la fuente de los acontecimientos históricos y el motor más poderoso de esos acontecimientos, y cuando se consideró en posesión de la verdad abandonó a sus antiguos maestros y lanzó al

mundo las obras que contienen el verdadero socialismo: el socialismo científico.

Al difundirse las doctrinas marxistas, las concepciones utópicas de Saint-Simon, Owen, Fourier, etc., perdieron su eficacia. Hoy no son más que un recuerdo romántico. El contraste demostró que aquellos hombres generosos, de espíritu filantrópico y abnegado, no hubiesen logrado con sus idealismos implantar ninguna reforma honda en el cuerpo social. Para resolver el gran problema hay que romper el molde económico que engendra las desigualdades y las injusticias sociales y crear otro en que los medios de producción y de cambio sean, no patrimonio de una minoría privilegiada, sino patrimonio de todos, de la sociedad entera, convertida así en una comunidad de productores.

La rotación de la Historia la explica Marx en los siguientes términos: al llegar a cierta fase de su desarrollo, las fuerzas productivas se ponen en contradicción con las relaciones de producción existentes, convirtiéndose éstas en obstáculos de aquéllas, y abriéndose, por consecuencia, una era revolucionaria en el proceso evolutivo de la sociedad. Actualmente se inicia un período de transformación social que confirma la concepción marxista. Ciego estará quien no vea esto.

Un ejemplo reciente de la teoría que venimos examinando es la guerra europea, que alumbró una Revolución de tipo social: la Revolución rusa. No fué engendrada por la voluntad de un país determinado, sino por las contradicciones del régimen burgués, por los egoísmos en choque de los grupos capitalistas que se disputaban la hegemonía del mundo.

Otro ejemplo histórico de la teoría del determinismo económico: la Revolución francesa. Para los idealistas, aquel paso gigantesco en el progreso de la Humanidad fué el resultado del movimiento espiritualista de los filósofos del siglo XVIII. Para los materialistas, esto es, para los que ven en el determinismo económico el motor de las transformaciones sociales, la Revolución francesa no fué otra cosa, fundamentalmente, que el choque de las nuevas fuerzas productivas con las relaciones de propiedad que existían. La lucha de clases, que aparece en la Historia desde que la Humanidad sale de su comunismo primitivo, era en aquel período entre la nobleza feudal y la burguesía. Venció esta última, después de un proceso de siglos, porque las fuerzas productivas que había engendrado eran un resorte que fatalmente tenía que destruir el molde económico feudal, en cuyo seno se habían formado aquéllas, del mismo modo que en el seno de la sociedad burguesa se están formando las que destruirán ésta.

Aportemos todavía otro ejemplo histórico: el cristianismo. El cristianismo, a pesar de ser una religión, obedeció también a leyes económicas, como demostró Federico Engels, el gran amigo

e insigne colaborador de Marx. Y la demostración de Engels pudiera complementarse añadiendo que el cristianismo tuvo igualmente fundamentos políticos en su génesis y en su desarrollo histórico. En su génesis: la lucha contra el Poder político constituido, que más fuerte que Cristo y sus secuaces, resolvió al fin, después de aquellas indecisiones de que nos hablan los textos bíblicos, crucificar a Cristo, persiguiendo fieramente a los que habían abrazado las doctrinas de éste. En su desarrollo: el reconocimiento del cristianismo y su incorporación al Estado por el emperador Constantino, el cual, sin ser cristiano, utilizó el cristianismo como instrumento político contra sus enemigos.

El determinismo económico es una teoría materialista que nos permite ver con claridad el fondo de la Historia. Es en la realidad económica—fuerzas productivas y relaciones de propiedad—donde hay que situar el pensamiento para interpretar el pasado, comprender el presente y otear el porvenir. Pero, ¿quiere decir esto que nosotros, los marxistas, seamos materialistas en el grosero sentido que nos presentan los gorriones a que aludimos al comienzo de este artículo? De ningún modo. Es hora ya de enterrar la manoseada frase de que para nosotros la cuestión social es «una cuestión de estómagos». No hay que confundir la realidad social, *lo que es*, con lo que nosotros queremos que sea. Somos *materialistas* en cuanto interpretamos materialmente la realidad social, los acontecimientos humanos, la Historia. Pero aspiramos a que el hombre, dentro de un régimen colectivista—ya que en un régimen individualista ello no es posible—, ascienda, con el pensamiento cultivado y refinado por una educación adecuada su sensibilidad, al conocimiento de las grandes cuestiones científicas y a sentir conscientemente las bellezas artísticas. Vida integral: he aquí nuestra aspiración y lo que queremos para el hombre futuro. Vida integral, esto es, satisfacción de todas las necesidades materiales y espirituales.

Si los repetidos gorriones que quieren pasar por águilas caudales plegasen sus alas inquietas y se parasen un momento a estudiarnos, acaso descubriesen en el campo marxista el tipo humano de más fina espiritualidad. Penetrar con la inteligencia en el mundo de las maravillas científicas. ¿Habrá cosa más grande para el hombre? Oír, conociendo los motivos y las técnicas, una sinfonía de Beethoven o una ópera de Wágnner; o contemplar con avisada pupila un cuadro de Velázquez o una escultura de Miguel Ángel; o leer a los más hondos y finos literatos. ¿Habrá cosa más bella? Pues esa grandeza científica y esa belleza artística es lo que nosotros, los marxistas, los *materialistas*, queremos poner al alcance del hombre, de todos los hombres, y para lograrlo perseguimos la transformación de la sociedad. Así pensaba Marx y así pensamos los que hemos abrazado su doctrina del determinismo económico.

Cinema

por JOSE DE LA FUENTE

Clemenceau y el cinema

En la época, pasada afortunadamente, en que el cinema era solamente considerado como un entretenimiento, los intelectuales, los grandes hombres, por negarse a estudiarle, ignoraban sus posibilidades en todos los terrenos; por eso, cuando encontramos a una gran inteli-



Mr. Clemenceau "El Tigre" y el compositor Pons en la presentación de "Volle du Bonheur"

gencia dando su aportación al nuevo arte, hemos de hacerlo resaltar, y, en busca de estos pionniers del cinematógrafo, nos encontramos con un hombre viejo, pero de espíritu joven, cuya actuación en este sentido seguramente permanecerá ignorada para una inmensa mayoría; hablamos de George Clemenceau.

En los grandes relatos de su vida, que nos brindaron los periódicos a raíz de su fallecimiento, no hemos encontrado ni un solo detalle que nos orientase en este sentido, a pesar de que su simpatía por el cinema ocupó una gran parte de sus actividades últimas.

Lo consideramos lógico. Clemenceau era, sobre todo, político, y como tal se le estudiaba. Por lo tanto, no queremos hacer reproches ni enmendar faltas, sino resaltar aquí unos cuantos datos curiosos de la vida del «Tigre» en su relación con el cinema.

En 1919, la casa americana Fox, creyendo, con razón, que una película cuyo autor fuese Clemenceau tenía un 50 por 100 de la propaganda asegurada, solicitó

y obtuvo autorización para llevar a la pantalla *Los más fuertes*, en cuya primitiva forma de novela había obtenido un buen éxito de venta, y que, al terminar la guerra y terciar Clemenceau en los proyectos de paz, volvía a ponerse de actualidad.

Se filmó la obra, siendo una de las principales intérpretes Renée Adorée y obtenido el éxito que le auguraba el nombre del autor; pero nada más, pasó al olvido. *Los más fuertes* había sido publicada en España por aquella colección *La Novela Ilustrada*, que dirigía Blasco Ibáñez y en la cual este mismo había editado sus primeras obras. Fué traducida por José Francés, y su asunto, francamente pesimista, se puede resumir así: «Amar es atraer la pena. Los más fuertes se ven obligados a sobreponerse al amor.»

Concedida la autorización para que se filmase su novela, Clemenceau se desentendió por completo de ella y de sus resultados. No ocurrió así con *El velo de la dicha*, que E. Violet filmó en 1923, y al cual el autor prestó todo su interés y apoyo, llegando al extremo de presenciar la filmación de algunas escenas y ayudar con sus consejos a la realización.

En el año 1901 había estrenado Clemenceau la obra teatral *El velo de la dicha*, que, gracias a la partitura de Charles Pons, en 1911, se transformó en ópera cómica, obteniendo aceptable éxito. Al pensar, en 1923, llevarla a la pantalla, se buscó una eficaz colaboración para contribuir al magno resultado que se buscaba.

Los datos materiales de su realización son los siguientes: supervisada la película por el autor, George Clemenceau; dirigida por E. E. Violet; adaptación especial para el «film» de Charles Pons, amigo del autor; el artista de los grandiosos decorados de *La Atlántida* fué el encargado de reproducir los interiores chinos del siglo XVII; Jean Bradin, ahora galán cinematográfico, diseñó los vestidos; una «troupe» de chinos fué especialmente contratada para actuar en esta película, etc. Todo ello redundó en un éxito formidable, si juzgamos por la crítica de aquella época. Fué presentada por los Establecimientos Aubert, en junio de 1923.

El argumento puede reducirse a unas líneas: Chang, un ciego que vive feliz, recobra la vista, lo que le permite enterarse de la hipocresía de su mujer, la maldad de sus hijos y la perfidia de sus amigos; en vista de lo cual, decide arrancarse los ojos y volver a ser ciego, lo que para él representaba la dicha. Su autor lo resumió a esta moraleja: «Para ser dichoso, para no sentir las traiciones de

los seres que amamos, es preferible ser ciego.»

Esta obra, haciéndole tomar contacto directo con el cinema, hizo de él uno de sus admiradores, y ya no perdió este contacto hasta su muerte.

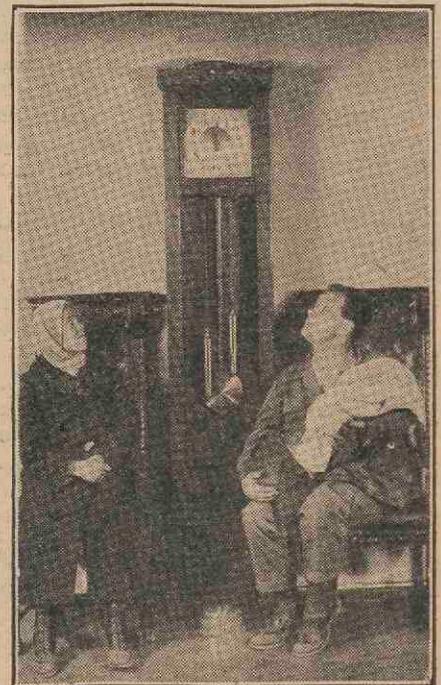
Daremos algún detalle de sus posteriores relaciones con el nuevo arte, relaciones, no de autor, sino de espectador y de actor.

Al llegar *Ben-Hur* a Europa, se construyó una sala de cinema provisional en Saint Vicent sur Jard, con el fin de presentar el «film» al «Tigre».

Cuando se enteró del éxito del cinema sonoro, quiso presenciar una demostración, para lo que tuvo que trasladarse al lugar más próximo, en que proyectaban *Sombras Blancas*, abandonando su refugio de la Vendée, donde terminó sus días.

Después de esta simpatía demostrada hacia la pantalla, hubiese sido lamentable que el celuloide no nos hubiese guardado su figura; pero, con el fin de evitarlo, Henri Diamant-Berger compuso su «ensayo de reportaje cinematográfico», presentado unos días antes de la muerte de Clemenceau, y que nos reproduce, no sólo su figura, sino también su voz.

Fué la única excepción que se le logró arrancar en favor del ansia reporteril de los periodistas del otro lado de los Pirineos.



Escena de la película rusa "El Acorazado Potemkin"

!!! UN LIBRO SENSACIONAL!!!

R U S I A A L

D E S N U D O

El célebre escritor comunista rumano-francés, PANAIT ISTRATI, después de vivir dos años en Rusia, ha escrito este libro terrible sobre el régimen que allí impera bajo la dictadura de Stalin

540 páginas, OCHO pesetas

Pedidos contra reembolso: EDITORIAL CENIT, S. A.

Apartado 1.229.--MADRID

**Exclusiva de Librerías: C. I. A. P.
Librería Fe, Puerta del Sol, 15**

Los libros

El Cid, visto por V. G. Huidobro. Poeta moderno.

Hay manifestaciones espléndidas de la vida del Campeador en este libro de Vicente García Huidobro, *Mío Cid Campeador*, que tengo frente a mis ojos. Todo irreal, invención del poeta; pero también, por ser un verdadero poeta, denso, exquisitamente superreal. Siempre palpa mejor en la tumbeta la mano diestra en escurrir racimos de belleza, que la torpe del nombre vulgar o la tria y apergaminada del erudito. Sus ojos, sin mirar en torno, ven mucho dentro de sí. Son espejos que guardan la estela de cuantas imágenes navegaron por ellos; caracoles marinos que recogen todo rumor, toda vibración vital. Por eso, hundidos en las aguas del pasado, como buscadores de perlas con el puñal de su intuición entre los dientes, siempre cabe aguardarles con brillantes conquistas logradas en el fondo de lo que se tué, entre los temblores significativos de su carne sumergida en el olvido. Siempre un poeta tiene llaves para abrir todas las puertas, luces para desvelar los más profundos secretos.

Entre divagaciones y expansiones humorísticas, llenas de una gracia juvenil, moderna, V. G. H. nos va mezclando manjares de rica substancia, aciertos de verdadero y positivo valor. Destacan, entre ellos, aquellos vertidos en el relato del instante en que la carne impone y exige un tributo, al que de tantos y tantos gozaba. Jimena, la Jimena de V. G. H., es una deliciosa escultura viviente, entrecruzada por raudales de emoción. De ella hace el poeta su mayor elogio al decir: «Realmente, Jimena estaba hermosa. ¡Y cómo no había de estar hermosa, si era una mujer hermosa! ¿Habéis visto algo más hermoso que una mujer hermosa?»

Ya en el comienzo, libertando a su imaginación de todo límite convencional, levanta el velo de la creación del Cid, y lo que en otro escandalizaría, consigue deleitar aquí. Con esos peligrosos resbaladizos colores, forma un cuadro delicioso de arte. «Un ruiseñor silba a su hembra en castellano y la noche se hace envolvente como una cabellera de mujer.»

«Diego Lainez contempla a la que duerme a su sombra. Hermosa, regordeta, Teresa Alvarez es la hija del campo, del hacendado noble, de sangre bien nutrida. Hermosa, regordeta, frutal. Carne apetitosa, apta a la caricia, pronta al amor.»

«La tierra toma el ritmo de esos cuerpos resollantes y suspira como una montaña. El infinito se vacía, el universo vacila y durante un minuto, el sistema planetario se detiene.

«Dios, mirando por el ojo de la cerradura del cielo, sonríe.»

Habréis visto cómo el poeta salta, ágil y victorioso, por un tema de tan difícil equilibrio. Limita y condiciona todo a su necesario y humano curso, y después al conjunto creado lo cubre con una gasa de espléndidas imágenes. Cualquiera otro hubiera perecido en el terreno pantanoso de la vida íntima de dos esposos; pero V. G. H., para no hundirse en la arena movediza que abre sus alas, más lentamente que las aguas, pero con más prolongada desesperanza, se ha elevado en el avión de su interpretación personal bellísima. Y lo mismo sucede cuando el Cid y Jimena se encuentran, cuando se funden sus caminos en una enredada sensible a todas las sanas y permitidas voluptuosidades. Nadie como él hubiera vencido el hosco recelo del exigente en materia moral.

La escena, en la que los dos esposos pueden decir las inevitables palabras: «¡Al fin solos!», la maneja V. G. H. con una destreza y a la par con una limpieza de líneas verdaderamente encantadora. No falta profundidad en sus observaciones, a pesar de ser tema que roza la superficie carnal y caediza. Su breve referencia es un manantial borboteante de sugerencias.

«Esta noche—dice el autor de *Mío Cid Campeador*—es la noche de tu carne. Y cómo se parece a aquella otra, a la noche de tu espíritu. Y es que todos los momentos de exaltación, ¿sabes tú?, arrancan al hombre de sí mismo, le lanzan disparado por las rutas lácteas del infante y la medida del arranque es la misma o de diferencia imperceptible a la pobre visión humana. En el terrible combate de la dualidad, alma y carne, no es posible saber cuál arrastra al otro, mientras uno no haya vencido. En qué trampas, en qué engaños de mirajes no caen los árbitros, inútilmente atentos. De las dos águilas que se elevan anudadas a picotazos, a azotes de ala y de garras, ¿cómo saber cuál arrastra a la otra? Sin embargo, hay algo que te dice oscuramente, a ti, Campeador, que debes dar tu preferencia al espíritu. Tú sientes que la vida de la carne es menos rica en maravillas, menos apta a los encantamientos, a las supremas evasiones. Tienes miedo a la materia. Un prejuicio metido en la piel de tus ancestros repercute en ti y tiembles. ¡Ah, si la carne coge demasiado dominio sobre el alma!»

El libro de V. G. H. producirá muchos y diversos comentarios. Los más serán favorables, predispuestos a la comprensión por una esclarecedora simpatía. Pero no faltarán los criterios estrechos, ceñidos exageradamente a una presunta realidad histórica.

Por el momento, la obra de V. G. H.

llevará a *Mío Cid Campeador* al mundo de Douglas Fairbanks. En ese mundo, toda la semilla que cae fructifica en obras, malas o buenas, pero obras al fin. Brotan cintas cinematográficas de las bielas de un motor, con la misma facilidad que entre las flores de un rosal. Nos harán, sin duda, un Cid como le ha visto Huidobro, un Cid que encubrirá, bajo el acero de su loriga, un pecho acostumbrado a ceñirse chaqué, y bajo su barba copiosa, un rostro al que la fina hoja de afeitar ha dejado lampiño como la palma de la mano. Oiremos hablar del Cid una noche—sólo una noche, porque en ese reducido límite se encierra el florecimiento de un «film»—entre nombres de otras figuras llevadas a la pantalla y detalles del último invento aplicado a ella. Y a cuantos Campeadores hemos visto desenvolviéndose en las páginas de Conde, Masdeu, Dozy, Corneille y tantos otros, contemplaremos cómo se une este Cid de V. G. H., escrito ante la curiosidad expectante de Douglas Fairbanks.

No hay que alarmarse, señores. El Cid sigue viviendo en los espíritus creadores y todos ellos tienen perfecto derecho a darnos un Cid, su Cid auténtico. Cada uno te ve como puede verlo, y en todo momento se considerará en libertad de ofrecérsote y nosotros de iluminarle con nuestra luz peculiar.

T. O.

JOSEPH JOLINON.— *Les revenants dans la boutique*. Rieder. Paris.

Jolinon mereció el premio de la Renaissance en 1928 por su ciclo de novelas que lleva el título genérico de *Claude Lunant*. Las tres primeras novelas de este ciclo, y especialmente la segunda, *Le valet de gloire*, han colocado el nombre de Jolinon al lado de los de Barbusse y Dorgelés. *Les revenants dans la boutique*, cuarta novela del ciclo, no merece un ápice de las anteriores.

Jolinon ha sabido describir en sus obras, no sólo la guerra, con la rebelión íntima del soldado, que le condujo a veces a sublevaciones como las de Coevres, sino el período de la postguerra, con la vuelta de los supervivientes a sus hogares, diezmados, deshechos; con la airada revuelta de los unos y la comoda adaptación de los otros; con el ejército de mutilados, de estropeados para siempre, como una protesta viva, al lado de los lutos y de los rostros fármacos o prematuramente envjecidos de los huérfanos y de las viudas, contra la monstruosa hecatombe; con la inmensa confusión de los sentimientos y de las ideas; Claude Lunant es Jolinon, el ex soldado Jolinon, que se levanta contra los horrores de la guerra y contra las odiosas mascaradas ante el soldado desconocido, ante los monumen-

tos a los muertos, y que se levanta, no menos enérgicamente, contra los hipócritas discursos pacifistas de los que desencadenaron la última guerra y preparan la próxima.

El estilo de Jolinon es fuerte y sobrio, sarcástico, a veces brutal en su indignación. Apasiona y conquista. Su obra es sólida y duradera. La posteridad le reservará un sitio en el noble y valiente linaje de Zola, Barbusse...

J. G.

H. PIERON.—Le développement mental et l'intelligence. H. Piéron. Alcan.

Componen este tomito cuatro conferencias proferidas en 1926, en la Diputación de Barcelona, por el autor.

En la primera, dedicada al desenvolvimiento mental y sus estadios, sagazmente señala H. Piéron las derivaciones pedagógicas del tema y cómo el problema del desenvolvimiento mental, en relación con la inteligencia, es un problema de psicología general. En los estadios primerizos del desenvolvimiento mental no podemos separarnos de la evolución total del organismo, en especial del sistema nervioso. En el recién nacido pueden darse lo mismo la precocidad que el atraso. Y aunque no se puede hablar ya de una edad mental, se puede caracterizar una edad nerviosa. Ciertas manifestaciones se hallan condicionadas por determinados centros nerviosos, y no harán su eclosión en tanto aquéllos no estén plenamente constituidos. El andar por ejemplo que no depende, como pudiera creerse, del aprendizaje, sino de automatismos medulares, de coordinaciones delicadas del sistema nervioso, se manifiesta de improviso, sin ninguna intervención, cuando la madurez y seguridad de los centros se han alcanzado. Así, en otros muchos aspectos, la abstención pedagógica debe ser absoluta; intervenir aquellas facetas hereditarias del desenvolvimiento no puede conducir más que a consecuencias funestas. Es preciso eliminar en el dominio pedagógico muchos prejuicios de origen empirista. El aprendizaje juega un papel reducidísimo en los primeros años de la vida.

Pero no se crea por ello que la correlación entre el desarrollo físico y mental es perfecta. Al revés, el autor señala fallas considerables en este pretendido paralelismo.

Un precoz físicamente, puede ser, como muestra la experiencia en varios casos, un atrasado mental. Además, en un mismo ser, ciertos núcleos funcionales se desenvuelven con autonomía y desacuerdo respecto de otros. La armonía del desarrollo depende del papel regulador de las secreciones internas. Por eso el padre, el médico y el maestro han de prestar una atención excepcional a la marcha del desarrollo, porque la Medicina permite hoy compensar ciertas deficiencias glandulares inyectando directamente los productos segregados por ellas en la sangre.

Trata la segunda conferencia de la medida del nivel del desenvolvimiento y de los métodos para conseguirlo. Hace una crítica de las escalas de medida, y muestra hasta qué punto y dentro de qué marco se puede conceder validez a

los resultados. Cita, entre otros muchos, el caso de dos niños hermanos, hijos de un especialista en estas materias, uno de los cuales consigue apreciar la pluralidad de tres objetos y contar hasta cinco desde los treinta y dos meses, mientras que el otro logra los mismos resultados a los seis años y medio. No se crea, sin embargo, que el autor deja de reconocer el valor práctico de estas medidas, y hasta su valor científico. Pero es preciso un estudio minucioso previo de las circunstancias en que se aplican, de los varios factores que influyen sus resultados para poder, con un pequeño margen de error, hablar de edad mental o cociente intelectual, por ejemplo.

Tanto interés o más que a la determinación de la edad mental se concede hoy al perfil psicológico. No se trata ya de un todo global—en la inteligencia se incluían muchos aspectos—, sino de un análisis de la totalidad psicológica, de una diferenciación de las diversas funciones y aspectos del alma. Piéron estudia a grandes rasgos la marcha de estos procedimientos, debidos, principalmente, a un ruso, Rossolimo, y a un belga, Vermeyley.

Este libro, en fin, tiene el mérito de ofrecer en un panorama sintético los problemas fundamentales de la psicología experimental—sin descender a escuelas parciales ni a detalles—y subrayar a cada paso caminos de posible investigación e importantísimas consecuencias pedagógicas. Escrito sin pretensiones, con una seguridad y claridad ejemplares, encontrarán en él los prin-

cipiantes un guía cauteloso y franco en el laberinto de la investigación psicológica.

O. E.

HEINRICH SCHNEE.—La colonización alemana. El pasado y el futuro.

No lucharon en la pasada guerra dos culturas o dos concepciones éticas; por el contrario, la horrible contienda tuvo un motivo bien material: la necesidad que de extender su acción tenían los grupos nacionales del capitalismo. Por eso, al terminar aquélla, fué el primer cuidado de los vencedores verificar el reparto—pensado de antemano—de los territorios coloniales alemanes. Mas como constantemente habían afirmado que luchaban, no por un ansia imperialista, sino por la libertad de los pueblos, fué preciso, primero, lanzar unas acusaciones contra la administración colonial de Alemania, para despojarla de sus territorios, y segundo, inventar una ficción jurídica para los vencedores apoderarse de ellos.

Casi todo el libro que reseñamos está escrito para refutar dichas acusaciones y denunciar la falsedad del régimen de mandatos. Su autor es un funcionario colonial, ex gobernador de Africa oriental alemana; esta circunstancia parece inducir a dudar de su imparcialidad, mas es preciso abandonar en gran parte esta idea al observar que sus opiniones se apoyan la mayoría de las veces en textos de autores pertenecientes a países aliados, casi siempre ingleses.

Uno de los capítulos más interesantes—para el público no versado en cuestiones internacionales—es el primero. Reseñanse en él las negociaciones para el reparto de los territorios, negociaciones en las que los 14 puntos de Wilson sucumbieron ante las codicias imperialistas de Inglaterra, Francia, Italia y el Japón, que faltaron a los deseos de sus propios pueblos y a la palabra empeñada con los países enemigos.

Siguen después varios capítulos destinados a probar la falsedad de las acusaciones de militarización, esclavitud, trabajos forzados, malos tratos, etc., de los indígenas; el autor compara la administración de Alemania, en estas cuestiones, con la de Francia, Bélgica e Inglaterra, y la balanza se inclina a favor de la primera.

Más adelante se estudia, de una manera general, el régimen de las colonias bajo Alemania y bajo los mandatos, lo que resulta de tal comparación, teniendo en cuenta la personalidad del autor, es ocioso exponerlo.

En el último capítulo se pide, en nombre de Alemania y de la Humanidad, la devolución de las colonias, considerando esta devolución indispensable para el establecimiento de una paz duradera.

La edición española lleva un prólogo de Vasconcelos, en el que sostiene—a mi juicio equivocadamente—que los imperialismos modernos proceden del Descubrimiento de América; estudia después difusamente los sistemas colonizadores español, inglés y alemán, se muestra enemigo de todo imperialismo, y termina abogando por la emigración de alemanes hacia América latina.

M. GARCIA PELAYO

Acaba de ponerse a la venta el interesantísimo libro de

ROBERT BOUCARD

“LOS SECRETOS DEL ESPIONAJE INGLÉS”

5 pesetas

Dentro de breves días:

“Leyendas Guatemaltecas”

por Miguel Angel Asturias

Pedidos contra reembolso a

EDICIONES EUROPA
General Arrando, 18

Exclusiva de librerías:

Sociedad General Española de Librería
Ferraz, 21.—MADRID

V I D A E S P A Ñ O L A

GALICIA

Carta a mis jóvenes amigos gallegos

Os engaños si creéis que estáis o que no estáis unánimes, amigos míos. Si lo creéis por vuestras — mejor, nuestras — manifestaciones en estos últimos tiempos. Yo, alejado de Galicia por unos cientos de kilómetros, pretendo haber vislumbrado todo lo que bulle y lo que no bulle en el espíritu de la juventud gallega. Por eso me atrevo a deciros que no estáis unánimes en lo que creéis estarlo. Pero mi audacia está realmente protegida por vuestra unanimidad en algo que tal vez ninguno de vosotros sospecha. Si yo pudiera mostraros claramente esa unanimidad, estaríamos viviendo el momento necesarísimo de nuestra definitiva organización. Digo «yo», porque ignoro que nadie se me haya adelantado en esta empresa. Ojalá se encontrara ésta simultaneada con otras análogas. Y ojalá también que pudiérais contestarme que esto que voy a deciros lo sabíais ya.

Nuestra actitud común, que tan rectilínea parece, da albergue, en realidad, a un conflicto de contrarios. En ella hay que distinguir dos tendencias opuestas, cuatro tendencias opuestas, ocho, veinte. Siempre en dramático número par. Hay que distinguir el movimiento activo del movimiento reactivo, lo que queremos de lo que no queremos. Hay, sobre todo, que llegar a separar lo que nos es indiferente de lo que nos es apasionadamente deseado. (Ved, por esto último, que los por mí llamados «contrarios» no podrían aspirar a esa denominación en un tratado de Lógica. Sin embargo, vitalmente lo son.)

En nuestra actitud hay que separar la acción de la reacción. Nuestros primeros pasos de hace un año parecieron a todos un puro movimiento de reacción contra la dictadura. Enturbiados por el hecho de estar dados bajo el régimen cuya sola presencia bastaba para enturbiar todas las cosas españolas, perdieron sentido, si no eficacia. Nuestros «muertos» parecen haber sido interpretados con una cierta frase de Cocteau a la vista. Y así fueron aceptados por gentes que no nos merecen simpatía alguna.

La verdad es — reconocedlo — que cuando gritabais contra la dictadura lo hacíais porque en vosotros había nacido al fin un nuevo sentido político, un sentimiento humano, social, que chocaba necesariamente con el régimen que padecíamos. Lo valioso de vuestra actitud radica en la independencia entre ese nacimiento y el medio en que acaecía. Sólo cuando estuvo maduro, sólo cuando llegó al fin de su desarrollo, estableció violentas relaciones con la dictadura. Antes, no.

A los malos, cobardes, pescadores que pretenden provecho de aguas fatalmente turbias, hay que decirlas estas cosas. Decirles que cuando nosotros gritamos contra la dictadura, gritamos contra la injusticia. Que si somos republicanos, lo somos contra la injusticia. Que si gri-

tantos «viva la libertad» pedimos la justicia. A esas gentes tenemos que decirlas: que sabemos — y no lo olvidaremos — que la injusticia humana, social, puede vivir en el seno del liberalismo y de la República; que no tiene sentido hablar de libertad mientras quede en pie un solo modo de tiranía; que los regímenes, las formas de Gobierno, no nos interesan, sino como expresión de una sociedad justa o injusta, humana o inhumana.

Si os resistís a estas palabras mías, pretendientes a la interpretación de vuestro más íntimo sentir, yo os pido contestéis a esta sola pregunta: ¿Daríais la vida vosotros, manifestamente republicanos, generosos de vuestra sangre, por una República como esas que abundan en Europa y América? ¿Estaríais conformes bajo un Gobierno opuesto — por ejemplo — a la escuela única, bajo un liberalismo encarcelador de todo aquel que aspira a una nueva y justa estructuración de la sociedad?

Y un punto más de meditación, para terminar. Nuestro destino de jóvenes gallegos nos exige el planteamiento de todos los problemas de Galicia. No podemos constituir partidos, emprender acciones que, además de ser humanas, no sean también gallegas. Esto habrá que tenerlo presente si nos decidimos a actuar. Sólo así tendremos fisonomía, «fascia». Y sólo así podremos contribuir a un mejor futuro de la Península.

Este es mi propio sentir, que aspira a ser interpretación de los vuestros. Nacido de las enseñanzas que nos proporcionan todos los pueblos del Mundo, no cree en farsas ni en palabras de retumbante sonoridad. No cree en la eficacia ni en la honradez de ningún régimen que sea instrumento del espíritu burgués. Conceptos como República, Liberalismo y Democracia los veo incapaces de estabilidad en tanto carezcan de este contenido humano, vital: ser burgués o ser antiburgués. Y sólo con ese contenido merecen que nos sacrifiquemos por o en contra de ellos.

JESUS BAL Y GAY

CANARIAS

Moralidades de la U. P.

No es necesario insistir. Seis años de anormalidad política dan su fruto: el desorden. Reparar la «obra» creada patrióticamente — por supuesto, por los upe-
tistas, gente al servicio de Primo de Rivera — será el número principal del Gobierno Berenguer. Es más, no solamente de este Gobierno: de sucesivos también. Aun a marcha acelerada, no sería posible, en varios años, restituir a sus pue-

tos todos los derechos destronados por la dictadura. Solamente en las reparaciones personales hay materia para largo. Dejemos a un lado las otras mil reparaciones en todos los órdenes de la vida ciudadana.

Saborit, en su discurso en la sesión inaugural del Ayuntamiento cortesano, bosquejó un programa de reparaciones abrumador. Dar al traste, por ejemplo, con todos los nombramientos honoríficos hechos por la U. P. ¡Magnífica proposición, que no debe ceñirse sólo al Ayuntamiento cortesano: debe llegar hasta el último Municipio lugareño!

Aquí, en Las Palmas, la lista de injusticias, yerros, atropellos, componendas a subsanar, es considerable. Por ejemplo, el descabellado nombramiento de cierto profesor para cierta Academia municipal de dibujo es algo que reclama una inmediata intervención. Es una vergüenza que por lagrimeos de «trásfugas políticos» y concesiones «upetistas» se pague oficialmente la corrupción artística de unos jóvenes que nocturnamente acuden a esa Academia a encauzar sus facultades. No hay más remedio que revocar inmediatamente ese acuerdo servil. Tengamos presente que quien hoy lo ostenta lo hace habiendo pisoteado todos los derechos y méritos artísticos del optante que concursó con legítimo derecho.

Es necesario poner en la Dirección de esa Academia popular — ¡entiéndase bien: popular! — a la persona apta para tan difícil cometido. Estar pagando a un elemento que con su bajo cúmulo de conocimientos no hará sino atrofiar innatas facultades es injusticia intolerable.

Alguien nos pudiera suponer parciales. Haga, sin embargo, un retrospectivo examen de memoria. Recordará el nombramiento de ese profesor municipal. Recordará con la repulsa que fué recibido por la opinión pública. Recordará, en definitiva, la exteriorización que ésta tuvo en algunos sectores de la Prensa local. Tal en *El País*, con insistencia y energía.

Atendamos que a esa Academia municipal acuden artesanos que invierten el día en ocupaciones materiales. Que anhelan hallar una puerta de escape para mejorar su monótono luchar por la vida. No es humano que se les cierre esa oportunidad de mejoramiento material por el favoritismo de unos «upetistas» y por los rastreros «lagrimeos de políticos» que están siempre con el que manda. Y que lo mismo hablan un día en un banquete republicano que al día siguiente aceptan una condecoración oficial.

No hay razón para que, por la ineptitud artística de un buen señor, diariamente se estén truncando y atrofiando facultades que, bien atendidas, podrían dar sus resultados positivos.

¡Fuera con las componendas «upetistas»!

¡Fuera con tanta inmoralidad a título de moralidad!

A. H. DE M.

Las Palmas.

**Los originales que publica
NUEVA ESPAÑA son
RIGUROSAMENTE INEDITOS**

LEVANTE

La juventud republicana de Alicante ha publicado un manifiesto, dirigido a las juventudes izquierdistas ya organizadas y a los jóvenes españoles en general, cuyos puntos principales queremos recoger:

Propugnación del ideario republicano.

Libertad de Prensa y opinión. Derecho de manifestación, reunión y asociación. Seguridad individual. Inviolabilidad de la correspondencia y del domicilio.

Sufragio universal para ambos sexos a los veintiún años de edad.

Supresión de los ejércitos permanentes y del servicio militar obligatorio.

Absoluta libertad de cultos, con separación de la Iglesia y del Estado, y supresión del presupuesto del clero.

Justicia gratuita, abolición de la pena de muerte, igualdad civil y política para los individuos de ambos sexos. Ley del divorcio.

Enseñanza gratuita y laica en todos sus grados, estando sólo el Estado capacitado para darla.

Supresión absoluta de la indigencia, con hospitales y asilos en las condiciones que precisa la higiene y la cultura; leyes de protección a la infancia, a la mujer y al obrero, con seguro obligatorio contra el paro forzoso, vejez y maternidad.

Supresión de la Deuda y del capital inactivo, parcelación de las tierras, fomentar la organización de cooperativas productoras.

A PROPÓSITO DE RUSIA

LA REVOLUCIÓN LITERARIA

por ANTONIO DE OBREGÓN

Emilio Zola ha definido el Arte como una parte de la verdad vista por un temperamento. A nosotros, contemporáneos de la guerra mundial, de las revoluciones triunfantes y de las revoluciones fracasadas, esa definición no nos basta; para nosotros, el Arte es una parte de la verdad vista por un temperamento revolucionario: Egon Erwin Kisch. (Artículo sobre John Reed.)

A veces, pasear un espejo a lo largo de un camino es ver cómodamente en su azogue horizontes amables y confortables puestas de sol. Pero los espejos no mienten, y si los colocamos frente a las fuerzas desatadas de la Naturaleza, veremos las fuerzas desatadas de la Naturaleza. Si colocamos un espejo frente a la Europa de 1910-1930, tendremos que, si no se rompe ante la magnitud del cataclismo—de los fecundos cataclismos—, retratará con maestra reflexión algo del drama acaecido, algo que es monstruoso y bello a la vez, como sucede en la actual literatura rusa, parida del dolor, del dolor de las masas.

No creo pueda compararse el fenómeno literario del Norte con el del Sur. (Además de nuestra repugnancia biológica por el fascismo, reconozcamos otros muchos prejuicios que nos tapan los ojos cuando hay—efectivamente—algo que ver.) Pero la novela y el teatro rusos campean en el panorama europeo como eternas adquisiciones y altos ejemplos. Si hay algo grande en nuestro tiempo

que eleve su voz por encima de la Humanidad y se oiga—semilla para los cuatro vientos—en todas partes, lo ha producido Rusia.

En circunstancias normales, los países pueden permitirse el lujo de hacer literatura pura. Los poetas y los novelistas piensan imágenes y metáforas con toda tranquilidad. Aquellos van o vienen de la estrofa, construyendo, derribando, innovando, y éstos se deslizan, más o menos apartadamente, por los carriles de un estilo. Pero suena la hora de una revolución, y no de una revolución parcial o, aunque fuese total, localista, momentánea, sino una verdadera, gigantesca revolución, que cambia la faz del Mundo, que ensaya nada menos que una nueva forma de organización social, derribando los soportes todos de la moral establecida; que crea, no un pueblo nuevo, sino una Humanidad nueva, que constituye el hecho culminante de su siglo, acaso de muchos sucesivos, y entonces, en medio del hambre, y de la sangre derramada, y de las carnicerías; en contacto continuo con la tragedia más grande que en nuestros paralelos podamos imaginar, los poetas y los novelistas olvidan sus metáforas, y sus imágenes, y sus estilos, y escriben manifiestos y mueren, y si casualmente sobreviven, en un momento de reposo de hospital apuntan lo que les dictan a voces sus sentidos castigados, y nace una literatura gris, horrenda, sin cauce ni medida, sin tono, sin escuela; una literatura informe, desproporcionada, pero sincera, humana. Intensamente humana.

Políticamente, la literatura rusa del siglo XIX se parece a nuestro tiempo como el proyecto al hecho consumado. Siempre Rusia atormentada vibró políticamente a través de su literatura. Antes y ahora fué en el Arte genial y tumultuosa.

Los escritores rusos no se sumaron en bloque a la causa comunista. Fueron lentamente cayendo en ella desde sus asientos de la pequeña burguesía. A los artistas se les suele olvidar, en su altura, que son ciudadanos y que, como tales, además de como artistas, han de actuar. ¿Escritores de la contrarrevolución? Los hubo. ¿Merejkovski? Pero nunca por negligencia, acaso por aristocracia intelectual. ¿Kuprin? ¿Andreiev? Poco tiempo después, el proletariado contaba con casi todos los escritores mayores y menores del país. De los poetas recordemos a Essenin, el suicida identificado con el campo por sus versos y por la muerte, y a Blok, místico.

La novela rusa habrá sido falseada o frustrada por la revolución; pero nadie podrá dudar de la calidad artística de *El tren blindado*, de Ivanov, o de *La caballería roja*, de Babel. Y puestos a citar: *Octubre*, de Yacovlev; *El país natal*, de Vesseli; *Los tejones*, de Leonov... Con *El año desnudo* se inauguró la descripción de la nueva Rusia. Boris Pilniak, el autor también de *Las máquinas y las*



Obreros ante una fábrica de París invitando a sus compañeros a la huelga preparatoria de la organización del próximo Primero de Mayo

La quincena internacional

INFORMACION

La Conferencia agonizante

Aún no podemos cantarle el responso. Aún se mantiene en Londres una llamécita de esperanza. No por parte de

olas, tan discutido, tan inclasificado, realizó el propósito de pintar las costumbres del momento.

De Alejo Tolstoi se ha dicho que parte para una nueva burguesía. Erenburg ha conseguido una consagración mundial con *Julio Jurenito y sus discípulos*. Un verdadero paso definido realizó Fedin con *Las ciudades y los años*.

El tema de la juventud es tratado en la Rusia actual muy frecuentemente; pero de modo no logrado del todo, más bien nada logrado. *La nueva luna de la derecha*, de Malachkin, y *Flores de cerezo*, de Panteleimon Romanov, son superiores al tan popular *Diario de Costia Riabtsier*, que, quitándole su limitado valor informativo, no deja nada ni dice nada digno de tenerse en cuenta.

Llega el momento en que la literatura proletaria realiza su programa. La nueva generación florece en una línea recta de aciertos renacientes, madurados. Fué el momento de la publicación de *El cemento*, de Gladkov, ese hombre que en las fotografías se parece a Beethoven. *El cemento* es un paso definitivo. Obra inquieta de padecimientos y angustiosas decepciones, que asumió la responsabilidad de crear al hombre nuevo y a la mujer nueva. Su originalidad, su perfección, todo es natural en ella dentro del crudo realismo de su desarrollo. *El cemento*, que ha conmovido a la juventud de todos los países, es una obra cumbre, y a su lado sólo se puede poner *Los altos hornos*, de Liachko.

El autor de *El tren blindado* ha producido unos cuentos—*El misterio de los misterios*—de gran interés. Dos novelas de la administración soviética—*El desfalco*, de Lidin, y *La malversación*, de Glotov—se traducen a todos los idiomas. La obra de moda es *La derrota*, de Fadeiev, novela realista de procedimientos nuevos, novela de emoción. Su autor ha padecido, a la marcha de los acontecimientos, todas las inclemencias de la revolución. Nace en 1901. Se hace comunista en 1918. Se bate. Escribe *El desbordamiento* y, posteriormente, *La derrota*. Es el auténtico novelista proletario.

La actual literatura rusa es producto de la revolución. Nosotros, que nos saltamos revoluciones y hechos y adaptaciones, hemos de mirar con respeto a los países que los realizan. Entretanto, serenamente, sigamos con nuestras imágenes, nuestras metáforas y nuestros estilos del tiempo de la paz. Aquí paseamos también a los espejos por grandes tempestades. Por agitadas galernas interiores.

los pacifistas sinceros y clarividentes, que tiempo ha pronunciaron el R. I. P. Pero el brillante equipo de ministros, técnicos y consejeros reunidos en Saint James Palace comprende que el desengaño, la desilusión en sus pueblos respectivos puede dar lugar a desagradables manifestaciones de opinión. Claro está que hay el recurso de explicar cómo la intransigencia del vecino respectivo hizo fracasar la Conferencia. Mas hay también el peligro de que este recurso, por sobado, falle.

Habría, pues, que hallar una fórmula capaz de salvar siquiera parte de las apariencias. El Pacto mediterráneo, como pacto de mutua garantía, quedó enterrado. Se intenta sustituirlo por un «Pacto consultivo», algo tan eficaz como la Asamblea consultiva de la dictadura española. Según ese Pacto, de concertarse, las naciones que lo firmaran tendrían que consultarse mutuamente antes de lanzarse a un conflicto armado. Pero ¿es que antes de llegar a las manos no se «consultan» ya, más o menos diplomáticamente? ¿No existe un Pacto semejante para el Pacífico? A pesar de ello, el Japón y los Estados Unidos siguen también sin querer ceder en sus respectivas pretensiones, y no es tampoco seguro que llegue a firmarse siquiera un acuerdo tripartito Gran Bretaña-Estados Unidos-Japón, en Londres...

En cuanto al callejón sin salida en que la cuestión franco-italiana ha quedado colocada, es tanto más aleccionador el caso cuanto que la flota de 724.000 toneladas fijada por Francia como necesaria para cubrir sus relaciones de ultramar no existe aún más que en parte. El resto son planos de papel. Y la pretensión del Gobierno fascista a la paridad está todavía más alejada del dominio de los hechos. Se trata también de una paridad en el papel. Irrealizable, además, y que Mussolini exige únicamente por razones de prestigio. No puede ser más lamentable la disputa, que, sin embargo, ha de tener consecuencias de verdadera y tangible importancia.

Si los pueblos no abren los ojos a la realidad después del doble fracaso de las Conferencias navales Ginebra-Londres, si no se muestran capaces de irrumpir en la discusión bizantina y tomar a su cargo el problema del desarme, hay para desesperar del buen sentido y hasta del instinto de conservación de la humana especie.

En los Balkanes

Cada vez que las relaciones entre Bulgaria y Yugoslavia tienden a mejorar, a acercarse a una normalidad de tolerable vecindad, surge un recrudecimiento de actividad terrorista en la organización revolucionaria macedónica.

El avispero balkánico no sería quizás tan peligroso ni zumbaría tan fuerte de no existir allí un tercero en discordia. Ni la política fascista en los Balkanes, ni la dictadura servia, son factores propicios al éxito de las medidas de pacificación que Liaptchef parece emprender en serio.

La crisis alemana

La coalición gubernamental, que había resistido los embates de la discusión sobre la aceptación del Plan Young, se ha desmoronado al tropezar en una divergencia de carácter bastante menos trascendental. En apariencia, al menos. Un asunto de política interior. Pero de política social, y ahí está la explicación. Difícil sería hallar mejor ilustración a la tesis sostenida en el editorial de nuestro número anterior. Unidos para asumir la responsabilidad de la liquidación económica-política de la guerra, social-demócratas y populistas no han podido ponerse de acuerdo sobre la organización del seguro obrero contra el paro. Los populistas, en este caso, han vuelto a su posición de clase, se han constituido en defensores del capital. A su intransigencia han tenido que replicar los socialistas con igual firmeza en defensa de su clase también. La crisis era, pues, inevitable.

Si la actitud cerril de los nacionalistas no hiciera imposible de antemano todo intento de mantener a su nivel actual la política internacional del Reich, es de creer que el Volkspartei, singularmente su ala derecha, colaboraría con ellos mucho más a gusto que con el socialismo, aun el socialismo transigente de Müller. La crisis será probablemente, por ello, de larga y difícil solución. Por si alguna duda subsistía, queda patentizado una vez más que en Alemania, como en Inglaterra, como en Francia, la verdadera delimitación política tiene su piedra de toque en el campo de las reformas sociales.

ALGUNOS PROBLEMAS DE ANTROPOLOGÍA VISTOS POR UN DARWINISTA MODERNO

por N. P. ERCAE.

En las preocupaciones de los hombres de ciencia ocupa hoy un lugar preferente el enigma de la formación de las razas humanas. Desechada ya y abandonada casi por completo la teoría del origen «polifilético» del hombre, vuelve a plantearse la cuestión magna de la formación «monofilética» de las razas modernas. ¿Cómo?, ¿cuándo?, ¿por qué?, ¿se han diferenciado los hombres en negros, blancos y amarillos?

No es éste un problema aislado en la biología; su solución explicaría al mismo tiempo el mecanismo de la formación de las especies zoológicas y pondría término a las discusiones entre darwinistas y lamarekianos.

En este orden de ideas, resulta muy sugestivo ver cómo planteó el problema y la solución que intentó hallarle uno de los hombres que goza de tanto prestigio en el mundo científico, como el Profesor sir Arthur Keith, miembro de la Royal Society desde 1913 y autor de obras de gran valor científico, como la *Introduction to the study of anthropoid Apes* (1897), *Human Embryology and Morphology* (1901, tercera edición en 1913), *The Human Body* (1912), *Antiquity of Man* (1915), *Engines of the Human Body* (1919). Más recientemente publicó *Man's Origin* (1927), *Nationality and race, The Dawn of National Life*, y últimamente *Darwinism and what it implies*.

En las conclusiones del ilustre profesor hay tres que son de principal interés:

a) El arquetipo de donde derivaron las razas humanas es el australiano.

b) El factor que ha producido las diferenciaciones raciales lo constituyen las hormonas.

c) El mecanismo de que se vale la Naturaleza para conservar las nuevas razas es el *instinto racial*, que las mantiene aisladas e impide su hibridación.

* * *

Para llegar a la primera de estas conclusiones, sir Arthur Keith, después de un estudio detenido, divide las razas humanas en cuatro ramas o tipos principales: el caucasoide, el negroide, el mogoloide y el australoide.

De estos cuatro tipos, el australoide reúne en sí varios caracteres negroides, algunos rasgos caucásicos y mogoles, junto con un cierto número de detalles primitivos que le son propios. De modo que si a un criador se le hubiese presentado el problema de formar—por medio de una selección artificial—razas humanas parecidas a las que hoy existen, no vacilaría en escoger como punto de partida el tipo australiano. Es, por lo tanto, de este tronco primitivo que se diferenciaron—por selección natural—tipos tan distintos como el caucásico de Europa; el negro, de Africa tropical, y el mogol, de Asia.

Pero ¿cuándo tuvo lugar esto? Para aclarar este problema, el profesor Keith divide la edad de la piedra en dos grandes fases bien delimitadas: una de *subsistencia natural* y otra de *subsistencia artificial*. La primera fase—la de «subsistencia natural»—se extiende por un largo período de monótono estancamiento y lentísima progresión. El hombre dependía entonces enteramente, para su alimentación, de lo que encontraba en la Naturaleza, y no pudo nunca formar densos núcleos de población, su género de vida impidiéndoselo. Esta época corresponde al paleolítico de los arqueólogos. La segunda fase—la de «subsistencia artificial»—fue iniciada por el descubrimiento de la agricultura, que marca el principio del neolítico, hace ocho o diez mil años todo lo más. Fue entonces que se formaron las últimas y más recientes razas humanas: el tipo rubio, del Noroeste de Europa; el tipo negro del Africa tropical, el tipo mogólico del Nordeste de Asia.

Así, por ejemplo, la raza rubia se ha formado alrededor del Báltico, que fue su cuna. Esta es un área reciente de habitación, puesto que estaba antes completamente cubierta por los hielos de la época glacial. A medida que la capa de hielo iba desapareciendo, los hombres del tipo mediterráneo—es decir, los dolicocefalos morenos, derivados a su vez del australoide primitivo—, se iban extendiendo hacia el Norte, y allí fue donde adquirieron los dos rasgos más típicos de la nueva raza: el pelo rubio y la piel blanca, que los señalan como tipos más evolucionados, ya que la piel oscura es, según sir Arthur Keith, una característica de las razas humanas primitivas, una herencia simiesca. Otra herencia primitiva es la nariz chata y ancha, no claramente diferenciada del resto de la cara.

También los braquicéfalos son de reciente formación. En Europa occidental no se han hallado restos fósiles, sino en el último período del Paleolítico, hacia el final de la época glacial. Fueron precisamente estos braquicéfalos los que trajeron a Europa y esparcieron el conocimiento de la agricultura.

Esto es lo que respecta al probable arquetipo de las modernas razas humanas. Sin embargo, no sería de más apuntar aquí algunas de las objeciones que se han hecho a la teoría del origen australiano, la cual, a pesar de haber encontrado—desde el origen del transformismo—muchos defensores, no ha podido reunir el sufragio de todos los antropólogos. Los contrarios objetan:

a) Que, a pesar de los caracteres primitivos que presentan los australianos de nuestros días, éstos no pueden considerarse como los representantes de la raza primitiva, puesto que, desde aquella época no habrán cesado de modificarse bajo la influencia del ambiente.

b) Australia es un continente «regresivo», es decir, que—al igual que el Africa tropical y América del Sur—ejerce una influencia regresiva sobre todos los seres que lo habitan. En los animales que a él emigraron, en épocas anteriores, se observa una exageración o acentuación de ciertos caracteres bastos o poco evolucionados.

c) El australiano de hoy, más bien que darnos la imagen de la humanidad primitiva estancada en su evolución, representaría un tipo regresivo que ha retrocedido a formas más groseras, y esto lo ha hecho confundir con un tipo primitivo. Es una raza distinta que se ha formado bajo las influencias físicoquímicas del continente austral.

d) Es verdad que la nariz chata y ancha es un carácter primitivo; pero éste es un órgano como otro cualquiera que puede desarrollarse por el uso o atrofiarse por el desuso. Su desarrollo en ciertas razas humanas puede explicarse por el empleo de comidas calientes y condimentadas. Este punto de vista—de tendencia claramente lamarekiana—fue genialmente sostenido por el profesor Henry Sanielevici, de Bucarest, en su obra *La Vie des Mammifères et des Hommes fossiles*.

Respecto a los braquicéfalos, que sir Arthur Keith supone ser los difundidores de la agricultura en Europa, es opinión bastante corriente entre los antropólogos que los inventores de la agricultura fueron los dolicocefalos morenos. Estos, según G. Sergi, fueron los creadores de las tres más antiguas civilizaciones: la egipcia, la mesopotámica y la cretense.

Los braquicéfalos son considerados más bien como cazadores de la tundra postglacial.

Las hormonas y la formación de nuevas razas

Partiendo del tipo australiano que reúne en sí al estado incipiente, los diversos caracteres de las demás razas humanas, ¿cómo fué que los rasgos negroides han resultado más pronunciados en el Africa tropical, los mogoloides en el Nordeste de Asia y los caucasoideos en Europa? Esto es obra de las glándulas endocrinas, cada una de ellas ejerciendo una acción determinada sobre el crecimiento.

Estas «misteriosas glándulas», como las llama el ilustre profesor, son laboratorios químicos que fabrican hormonas, las cuales, circulando en cantidades muy pequeñas por la sangre, son llevadas a todas las partes del cuerpo y ejercen su influencia reguladora sobre el crecimiento y la forma de ciertos tejidos. La influencia de las glándulas endocrinas fué revelada a los biólogos por los casos patológicos que, en esta ocasión como en tantas otras similares, mucho

(Continuará.)

NI CAUDILLAJE NI MESIANISMO

por JOSE DIAZ FERNANDEZ

Como nuestra política sigue nutriéndose de los tópicos más elementales, se habla ahora con la más desafortada insistencia de la división de las izquierdas, entendiéndolo, claro está, por izquierdas las que arrancan del republicanismo tradicional y llegan a los partidos obreros. Se dice que los republicanos están divididos, que en el socialismo se prepara el cisma, que los sindicalistas luchan entre el apoliticismo y la política, que los comunistas están sin hombres representativos. Los que hablan de este modo poseen una concepción política rudimentaria. Siguen creyendo en la masa indiferenciada e inconsciente, en la multitud como rebaño, en el censo como instrumento caciquil. Aspiran al mesianismo y al caudillaje, como en los primeros instantes de la democracia, cuando el jefe, el apóstol o el mesías llevaban detrás de sí a la muchedumbre fanática y ciega. Como si después de todas las experiencias que ha sufrido el Mundo pudiese la voluntad personal seguir sustituyendo las ideas y continuasen rigiendo en política las panaceas redentoristas.

Cuando la democracia era nada más que un concepto, antes que el hombre de la oficina, del comercio o del taller supiese lo que era la verdadera libertad y tuviese sentido de sus derechos «vitales»—es decir, sociales—, se comprende la existencia y hasta la necesidad del taumaturgo político. Los movimientos populares surgieron muchas veces al calor de una palabra encendida o de un carácter integral. Pero en este momento todo el mundo sabe lo que quiere, y el problema de izquierdas y derechas es tan explícito como la condición del terrateniente respecto al que trabaja la tierra o la del mecánico con relación al propietario de la fábrica. Lo demás son ganas de confundir las cosas, o quizá algo más repudiable: la conformidad egoísta con el medio, el afán de seguir aceptando cobardemente la línea curva, que es la que acepta, desde siempre, la bien llamada clase neutra. El género de los ambiguos es el que en política pide la aparición de un mesías, como pudiera pedir la resurrección de la carne de brucos sobre el polvo de los esqueletos. Por eso cuando estas gentes insinúan esa estúpida aspiración de un hombre para que les garantice el triunfo fácil, hay que apartarse de ellas y despreciarlas. No influyen en la política como colaboradores ni como enemigos, venden el voto o votan en blanco. Cuando las iz-

quierdas tengan el Poder, habrán de encomendarles el papel inferior que les corresponde, o sea el de «criados de la ciudadanía».

Nuestro país está cansado de caudillos y de jefes políticos que le condujeron al envilecimiento y a la decadencia.

Lea usted NUEVA ESPAÑA

Ya es hora de que la democracia empiece a ejercer de veras su función, sin sometimientos ni evasivas. Nuestra época es una época colectivista que repudia la servidumbre y la hegemonía personal, que no cree en los milagros ni en la infalibilidad de los faraones públicos. No confía más que en las ideas para resolver los problemas concretos que le salen al paso. Por eso todo partido o agrupación política puede elegir hombres circunstanciales que desempeñen los puestos directivos. Pero el último militante tendrá que realizar, dentro de la relatividad de su función, una obra de idéntico relieve y sus decisiones influirán del mismo modo en la minoría representativa. Las fuerzas nuevas que están llamadas a actuar en las izquierdas españolas tienen el deber de acabar con las jefaturas tradicionales, viciadas por la mo-

Nuestros amigos continúan la cruzada de izquierda trabajando por NUEVA ESPAÑA consiguiéndole nuevos lectores. Diariamente llegan a nuestra Redacción listas de suscriptores que nos envían desde todos los puntos de la península amigos de esta Revista, que es serlo también de la libertad y de la justicia. ¡Hay que conquistar los 100.000 lectores y la libertad precisa para que NUEVA ESPAÑA sea semanal!

ARGIS. - Altamirano, 18. - Tel. 40505. - MADRID

deración y gastadas en la inercia, para imprimir en los grupos un ritmo acelerado y decidido. No necesitamos para nada a los «mascarones de proa» que hicieron un día delirar de esperanza a nuestros ingenuos antecesores. Basta que tengamos un programa definido y tajante contra la tradición y la plutocracia, que son «derechas» siempre, aunque se coloquen la desnaturalizada etiqueta del liberalismo. La democracia alemana, la francesa, la rusa—sí, sí, la democracia rusa—ha tenido los hombres que le hicieron falta, y ninguno llevaba en el maletín electoral el específico para curar todos los males del país.

Paralelo al tópico del hombre va el tópico de las escisiones. El neutro de siempre no hace más que gritar: «¡Pero cómo vamos a ir con las izquierdas! ¡Si están desunidas! ¡Si hay diez partidos republicanos! ¡Si hay socialistas de todas clases!» Diez, veinte, ochenta partidos republicanos o socialistas. ¡Mejor! Habían de existir tantos partidos republicanos como republicanos hay en España, y no habríamos perdido nada. Porque lo que los une a todos no es el grupo, ni el matiz, ni el hombre. Es el programa. Es que quieren en el Poder un auténtico régimen de democracia y quieren separar la Iglesia del Estado, y que la enseñanza sea libre, y que se reconozcan los derechos del trabajo, y que desaparezcan los privilegios de casta, y que el Ejército se reduzca a una función técnica, y que la gran propiedad y la gran banca no continúen pesando sobre el pequeño contribuyente. Habrá republicanos que quieran todavía mucho más que esto y socialistas que aspiren a realizar su obra de justicia dentro de la institución que por su propia naturaleza jurídica da al pueblo una intervención directa en todos los Poderes. Lo necesario es que esa opinión republicana y esa opinión socialista circule y sea dinámica, extendiendo su acción a todas las zonas juveniles. Porque, aunque pese a los conservadores de todos los partidos de izquierda, la única política responsable es la que realice de ahora en adelante la nueva generación política.

En fin, los jefes y los caudillos están bien para nuestras ilustradas y honestas derechas: los dejamos al cultísimo conde de Bugallal, al íntegro conde de Romanones, al moderno Goicoechea y al generoso intelectual D. Francisco Cambó, cuya vida guarde Dios muchos años para bien de Madrid y de Cataluña.